



OBRA POÉTICA

José del Carmen Rosa Acosta

“CHECAME”

Compilación e introducción
Ramón Ordaz

Obra poética

Coedición

Fondo Editorial del Caribe
Fondo Editorial Efraín Dr. Subero
Hermanos Rosa Guevara
Venezuela, 2016

1ª edición, 2016

© Fondo Editorial del Caribe
© Fondo Editorial Dr. Efraín Subero
© Hermanos Rosa Guevara

Depósito legal: NE2016000008
ISBN 978-980-7810-00-5

Composición de textos
Alquimia Gráfica

Corrección de pruebas
Chevige Guayke

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela
por Litografía Chía, C.A.

José Rosa Acosta

Obra poética

Compilación e introducción
Ramón Ordaz

JOSÉ ROSA ACOSTA:
ALBACEA DE UN VIAJE SIN RETORNO

En el esmeraldino mar de Nueva Esparta no todo ha sido crepúsculo romántico, idilio guaiquerí, el silencioso mecer de los chinchorros en la superficie de las aguas mientras el cardumen lentamente arriba a su cautiverio, la playa solitaria y desnuda para el cobijo de la pareja primordial, la estereotipada postal de litorales y montañas a la espera de un aventurero que reinvente el paraíso o, el clásico contraste, la atroz y pasajera aventura del Tirano Aguirre. Nueva Esparta tiene muchas historias dignas de contarse en cualquier lugar del planeta, pero arrastra también el lado oscuro de un presente que desvió de la ruta su historia primigenia. Entre las referencias literarias más inmediatas de la cultura margariteña siempre ha estado la crónica, el relato oral, el canto, la poesía y el arte. En el imaginario poético de su historia son pocos los hitos, en términos contemporáneos, que den cuenta de las transiciones de un período a otro, de una cosmovisión a otra que, a su vez, sean expresión de los distintos tránsitos culturales por los que ha pasado la isla. Si podemos hablar por primera vez de un poema profético, ruptural, en el panorama de la literatura neoespartana, ese es, sin lugar a dudas, el poema *Viaje* (1974), del pampatarense José Rosa Acosta. Un poema que es consecuencia de la resaca de circunstancias históricas concretas y la deriva de un pasado que, si bien accidentado, no es menos cierto que siempre estuvo a resguardo, inspirado en las potencias y valores de los hombres de mar que construyeron una férrea tradición, vulnerada luego por un desarrollismo irracional. La Zona Franca se había instaurado en la isla desde 1966 como pretendida solución a los ancestrales problemas de sus habitantes y como posible estabilidad económica en su devenir. Década de sonados conflictos sociales, los intelectuales y escritores acusaban a la sociedad opulenta y al *establishment*; el consumismo era el pathos de una época que tenía su anclaje en los patrones culturales que imponía la sociedad norteamericana. Nuestros poetas, receptores de las demandas de ese momento histórico, sacaron su «arma cargada de futuro» contra la embestida de un comercio desnacionalizador y agresor de los aspectos más sensibles de nuestra cultura, como lo fue el impacto que trajo consigo la industria petrolera en nuestro país.

Cuántos hechos inenarrables habrían ocurrido ya en la Nueva Esparta de la década del sesenta como para que un apartado poeta, adelantándose a circunstancias posteriores, vislumbrando un futuro inmediato devastador de su cultura, escribiera un poema-manifiesto, porque así es como hay que entender esa voluntad testamentaria que anuncia la ruptura con el pasado inmediato por causas adversas a su desarrollo natural, la voluntad de alguien que lanza su profecía para las generaciones futuras, alguien que emprende un «viaje» de incierto destino sin advertir qué suerte le deparará el retorno.

El tema del viaje y el naufrago alcanza relieves dominantes en la poesía de Rosa Acosta, los que, por lo demás, no constituyen una particularidad suya, dado que en cualquier habitante de la isla, adquieren resonancias marcadas por la leyenda y la poesía que circulan en las faenas propias de nuestras costas y litorales. Los poetas apenas cantan, versionan el mundo de lo sabido de una manera nueva, inédita. En Francisco Lárez Granada, por ejemplo, la razón del viaje es otra, es el viaje del argonauta en busca del «vellocino de oro», el viaje impuesto por la precariedad económica de los isleños que emprenden la aventura hacia tierras desconocidas en busca de la fortuna y bienestar que no ofrece el terruño natal; es el viaje y la esperanza de un regreso con los caudales de la prosperidad; el viaje, en fin, del optimismo que, incluso, saludan los «Pañuelos en el mar»: «Me voy porque el mar me llama/ y yo soy un marinero»¹, expresará exultante Lárez Granada, así como «En el umbral de la ausencia» el viaje deja a su paso estelas de añoranza, de aferrado amor por la tierra que se deja al partir: «La tierra no queda atrás,/ la tierra no se ha perdido,/ porque adonde yo me vaya/ se irá la tierra conmigo»². El «viaje» que emprende Rosa Acosta: «Me voy./ Llana, sencillamente me marchó con el viento./ Me voy porque la protesta del cangrejo no pudo descifrarse»³, se ubica en las antípodas del prometedor y celebratorio viaje de los poetas de la diáspora generada por el boom petrolero, en vista de que la respuesta a la incertidumbre implícita en su manifiesto poético (Viaje) dejó un saldo negativo en su cosmovisión personal en cuanto a lo que ocurriría con la Zona Franca y el Puerto Libre en la Isla de Margarita. Al parecer no se cumplía el predicamento que dedica al «Patrón y marinero del Buen Viaje/ Bueno siempre, hasta en el viaje malo»⁴. El resultado de su «viaje» es más interior, a la vez que más devastador en cuanto a lo que empieza a llevarse la agresiva «modernización» de la isla. En su poema «En torno a los días lejanos» apreciamos las grietas que van dejando conmociones insoslayables: «Qué extraño es regresar/ del país del suicidio. (...) Qué extraño es hallar los niños, hombres,/ las chozas, edificios./ Las humildes veredas/ del maíz y la rosa/ convertidas en grandes avenidas/ y andar tropezando/ bajo las

lunas violetas de los parques./ ¡Qué extraño es el balance/ de lo que cuesta el sueño! / Qué duro, qué duro es el regreso,/ echarse atrás de nuevo;/ o hacerse un ermitaño entre las gentes»⁵. Esta disyuntiva no la vivieron ni se la plantearon los poetas anteriores, de allí el drama interior que asumió en su entrega el poeta José Rosa Acosta, porque, definitivamente, esta es la faceta oculta, raigal y profunda, que progresivamente fue abriendo surcos en su poesía, por los que no corren aguas cristalinas, sino espesos sedimentos en descomposición que arroja el hombre que ha perdido su esencia: «Nos queda una deforme geografía de hombre,/sumergido en su espejismo de recuerdos,/ en gritos calcinados,/ en insomnios eternos,/ aquí, en este polo de llamas crepitantes»⁶. Sí, el ermitaño, el poeta que de vuelta busca acomodo en los espacios hostiles que ha instalado la vida sobre el paisaje de ayer. Porque el deterioro del paisaje no solamente se expresa en la tierra roturada, en la reserva vegetal devenida en palacetes de concreto; no, sino como afirma Jesús Manuel Subero: «Nosotros aportamos al paisaje el deslumbramiento del paisaje, y algo muy singular: el alma del paisaje. El paisaje de Margarita nunca se ha detenido en el paisaje», términos a partir de los cuales el cronista de Puerto Cabello, Asdrúbal González, concluirá: «Porque lo más importante del paisaje insular es el margariteño...»⁷. He aquí, insisto, el drama del hombre que sobrelleva en su fardo lírico Rosa Acosta. El optimismo de los viajes del pasado que cantaron los poetas, en la mirada de Rosa Acosta ahora es difuso, pesimista. En algún punto de la rosa de los vientos se ha extraviado el ángel que siempre distinguió al «alma del paisaje» y que nuestro poeta advierte irreversible, de imposible retorno, ya que en el horizonte de su lenguaje la salvación de ese hombre pasa por una re-creación de éste, lo que sería volver a las sociedades arcaicas, al mito primigenio.

La poesía margariteña anterior a la década del sesenta está más apegada a la épica y si un registro importante hizo tiene que ver con las distintas migraciones del margariteño, sus aventuras en la pesca por mares foráneos, la búsqueda de mejor vida en el delta del Orinoco, la imbatible faena entre taladros y cabrias en los campos petroleros y una recurrente nostalgia por el regreso, como lo podemos apreciar en los libros de Pedro Rivero y de Francisco Lárez Granado. *Viaje* instaura una perspectiva nueva en la tradición poética de Nueva Esparta. Francisco Nicolás Castillo (*Réquiem para una perla muerta*, 1988), Ángel Félix Gómez (*Cantos de los naufragios*, 1974), el mismo Efraín Subero en sus crónicas, así como las más diversas expresiones de la música y el canto popular han constituido un sólido bastión de resistencia ante los traumáticos cambios que afectaron lo más esencial del pueblo margariteño, lo que en su diversidad literaria, musical y pictórica

es, sin duda, una respuesta y una continuidad con lo que plantea el poemamaniesto de Rosa Acosta. La significación histórica-cultural de *Viaje*, texto poético, al fin, sin que sea lo mejor de su obra, que aparece en un momento crítico, de radicales cambios en la historia de vida del hombre insular, tendrá, asimismo, una importante recepción en el campo de la música académica. El azar puso en las manos del maestro y compositor Federico Ruiz el poema *Viaje*, quien terminaría haciendo su musicalización y escenificación con la Orquesta Municipal de Caracas en 1981. Por lo relevante y poco común en nuestro país, bien vale transcribir aquí la impresión de Federico Ruiz sobre *Viaje*: «Rosa Acosta expresa en su poema lleno de fuerza, belleza y actualidad sorprendentes (fue escrito en 1968), no sólo su dolor e indignación ante la obra de los 'traficantes' y 'vendedores del paisaje', sino el de todos los que compartimos esos sentimientos pero no podemos expresarlos como él, en palabras. Al mismo tiempo, su esperanza es también la nuestra, de que lo más auténtico y genuino no sólo de la isla, a la que alude sin nombrarla, sino del país, ocupe el lugar que le corresponde. La obra está estructurada en dos partes, al igual que el poema. Toda la música está concebida en función del espíritu del texto. Hacia el final, la cita de una fulía margariteña y los acordes del polo en el órgano, ubican geográficamente al poema, sin restarle universalidad. *Viaje* representa para mí la culminación de un período»⁸.

Este acontecimiento musical confiere mayor relevancia al poema de Rosa Acosta; muy excepcionalmente textos como el suyo alcanzan la cota de una proyección nacional en insólita alianza con la música sinfónica. Destacamos la trascendencia de este hecho para que los lectores del presente ubiquen en su justo relieve la obra de Rosa Acosta, ya que demasiado conocida es la obstinada tarea del olvido.

En 1968 Rosa Acosta dio a conocer también un par de poemas en la revista *Oriente* N° 3: «Entierro y rescate del naufrago» y «Luz Marina». De la breve reseña que da cuenta del autor destacamos lo siguiente: «Nace en el margariteñísimo pueblo de Pampatar el 18 de noviembre de 1930. Una voz con destino de perdurabilidad la suya». La revista la dirigía el escritor Alfredo Armas Alfonzo y entre los redactores estaba el reconocido poeta Arnaldo Acosta Bello, de quien es lógico suponer la acotación en la que se advierte el futuro poético que esperaba a Rosa Acosta. Escrito en cuatro estancias, «Rescate y entierro del naufrago» es un poema denso, de una convincente composición lírica, en la que los ajustados y ceremoniosos versos van de la mano con una velada historia para ofrecernos el misterioso relato de un naufrago. Ese mismo año Gabriel García Márquez da a la luz el cuento «El

ahogado más hermoso del mundo», texto con el cual es inevitable advertir un paralelismo temático, digno de un estudio comparado. Rosa Acosta dirá: «Yo rescato en el tiempo tu aventada epidermis/ y me marchó contigo hacia un puerto cualquiera,/ a preguntar un nombre que poner a tu muerte»⁹; en lo real maravilloso del relato de García Márquez la superstición popular confiere un nombre al ahogado: Esteban, para que, una vez devuelto al mar, en su largo viaje no viva el desamparo de la identidad. El poema de Rosa Acosta concluye con una invocación esperanzadora: «¡Levanta, Capitán! La Cruz del Sur no duerme/ y mientras viva el mar perdura tu regreso». De llegar a pensar que el poema de Rosa Acosta es una recreación del cuento de García Márquez, lo que habría que demostrar, cabe destacar, en todo caso, que el texto de Rosa Acosta está dotado de una síntesis y de una originalidad indiscutibles. Y es que el tema del naufrago será recurrente años más tarde en su poesía, como es el caso de Testamento del naufrago (1977), esta vez una alegoría en la que el naufrago no es otro que el poeta en una suerte de regreso intemporal, que arriba como pecios en los puertos donde el amor espera: «presiento que me/ acechan los peces./ Quelonios de mil años/ desovan en mi pecho./ Desde lo alto,/ las gaviotas agitan/ su mundo blanquinegro./ Quizás viene saliendo el sol./ Era la hora/ de apagar la lámpara/ y encender tu recuerdo»¹⁰.

JOSÉ ROSA ACOSTA, INNOVADOR DE LA POESÍA EN NUEVA ESPARTA

Podríamos enumerar una vasta lista de autores que alcanzaron el reconocimiento de la posteridad con algunos poemas o unos pocos libros. T.S. Eliot ha señalado respecto a la poesía de John Keats que «las Odas —y sobre todo la Oda a Psyche— bastan para justificar su reputación»¹¹. Es decir, que la distinción de un poeta no se calibra por el número de volúmenes publicados, por la cantidad de libros que es capaz de acometer, menos si carecen de fundamento alguno. Mal servicio le hace a la gaja ciencia la abundancia de libros de poesía, peor aún si provienen de los llamados «consagrados» por la liturgia oficial. El canto de los áulicos lo acredita el gobierno de turno; el canto de los solitarios lo reconoce el más apartado lector que en su anónima entrega consagra como cualquier levita.

Con este preámbulo pretendemos señalar que *Aldea sobre el júbilo* (1973), del poeta José Rosa Acosta, es obra más que suficiente para ubicar su nombre entre los calificados poetas nacionales. Sabemos que no ha ocurrido así, que aún hoy es desconocida su obra y su nombre no figura en las antologías de

poesía del país. Las elocuentes palabras que le dedicó Efraín Subero en el prólogo que hace para la edición de su *Antología poética* (1993) por Monte Ávila Editores Latinoamericana, las que no dejan de ser una proclama que intenta rescatar, vindicar la obra de un poeta olvidado en una isla de Venezuela, perdida también su buena intención al pasar por ese túnel de indiferencia y de sospechosa apatía que son hoy la mejor definición de la literatura nacional. «Dios dispuso hacer de este poeta lo que es.», sentencia Efraín Subero, «No importa que siga siendo desconocido para los grupúsculos literarios. Para esas antologías de poesía venezolana que se hacen en Caracas para Caracas o para una docena de amigos complacientes con la pretensión vacua de que Caracas es Venezuela»¹². Se lamenta Subero, por otra parte, de haber llegado tarde al concurso Premio Nacional de Poesía «Andrés Eloy Blanco» convocado por la Universidad Central de Venezuela. El ganador era José Rosa Acosta, pero como carecía de referencias, el jurado otorgó el premio a otro poeta. De este tenor es mucho lo que podríamos apuntar. En el pasado —¿qué tan lejos queda ese ayer?— como en nuestros días la historia es la misma. Ninguna transparencia cabe en la mayoría de los certámenes literarios de la Venezuela actual. No es esto lo relevante, por supuesto, ya que más que trivial debió parecerle al poeta Rosa Acosta esa banalidad de los concursos. Todo indica que no era hombre que empeñara sus horas de labor para tales eventos, porque preferimos creerle a Efraín Subero, quien pudo conocerle algunas facetas, cuando nos dice que «Y si lo encuentra taciturno no le arrancará una sola palabra, cuando más una sonrisa convencida y convencidora. Una sonrisa que es un pretexto social de la infinita seriedad de adentro»¹³. Si leemos entre líneas las apreciaciones de Efraín Subero, no cabe duda que su discurso está impregnado de admiración y respeto, que el credo que lo acerca al poeta tiene un límite, que algo ininteligible se interpone en esa relación, a los que ciertos dominios de la poesía no deja las puertas francas. En este terreno se nos hace presente la barrera natural que levanta un poeta para defender la propia luz interior. Esa distancia, ese margen sin acceso posible, constituyen la terra incógnita del poeta, la tierra virgen a la que se habrá de llegar no por los caminos trillados, sino por los que se nos impone construir para acceder a los espacios de un lirismo que en el horizonte más inmediato lleva la distinción de lo inédito. No puede uno dejar de preguntarse qué ha pasado con los poetas margariteños que han permanecido durante décadas en situación de marginalidad, invisibilizados, incluso, por coterráneos que han hecho vida académica, que han ocupado espacios privilegiados en las instituciones culturales y educativas del Estado y del país; por qué siguen siendo vistos, con extrañeza y asombro, como per-

sonajes anecdóticos de pueblos que en la ronda turística, además del mapire, el sombrero, la Virgen del Valle, el polo, la malagueña y el galerón, el ají, el tomate y los guisos insulares, como un souvenir más viaja el nombre de un poeta que acomete versos por esas playas de los guaiqueríes. Empieza uno a creer que disimulados, refinados modos de exclusión han tenido lugar en esas espasmódicas simbiosis entre los poetas de tierra firme y los postergados, jamás desentrañados poetas doblemente insulares. Cierto que esto no ocurre solamente en Nueva Esparta. El crítico y ensayista Oscar Rodríguez Ortiz cuando estudia la obra poética de José Ramón Medina, apunta lo siguiente: «Es evidente que a los poetas del país faltan todavía las monografías que los entiendan y los propongan. Su ausencia, con las contadas excepciones que se conocen, sugeriría descuido, incompetencia o, a lo mejor, el sentimiento de que el esfuerzo ha estado dirigido a fines que considera más alto, la poesía internacional, por ejemplo»¹⁴. Líneas seguidas, Rodríguez Ortiz destaca la importancia de la crítica, del acopio documental y de la relevancia del registro de los libros, ya que de lo contrario seríamos, señala, «un mosaico de olvidos por ignorancia». Los celos de los poetas son un lugar común; excepcionalmente veremos que el «reconocido» abra la puerta grande a quien le antecede en ese juego perverso de escalar posiciones. Demás está decir que por esta vía los poetas pueden alcanzar trofeos y reconocimientos oficiales, pero a poco de que se acabe el tutelaje del poder, la poesía empieza a craquelarse, a mostrar su decadencia. No hay que olvidar que un poeta es, antes que todo, alguien dotado de sabiduría popular, y que las letras que traspasa a sus libros es materia que traspasa en su simbiosis al acervo colectivo, que adquiere énfasis y expresión mayúscula en lo que llamaba Mallarmé «la palabra de la tribu». Lejos del morbo de quienes para exaltar lo local acuden a la hipérbole, debo destacar aquí que José Rosa Acosta, en el más casto sentido de la palabra, fue un poeta. Un poeta en lo que cabe de humanismo en su condición de hombre, un poeta en lo que cabe de recogimiento en los límites de su ser, un poeta en esa ganada soledad, ajena al ruido de los certámenes públicos, a los señuelos y artificios de los corros literarios; un poeta en la viril instancia de concretar su espacio de amor; un poeta por esa excelsa flor que expande su aroma, primero en la comarca de sus iguales, y luego a los extramuros de lo siempre posible; pero, sobre todo, un poeta por la fragua de su palabra lírica que ofrece su bonanza y su hechizo con el cálido sentido de lo auténtico, con el respetable egoísmo de quien custodia un tesoro, del que tiene la misión de transferirlo íntegro a quienes habrán de sustituirlo en su condición de testigo. La vanidad, de la que no escapa nadie, de seguro pasó trabajo con José Rosa Acosta, ya que de muy poco se

vanagloria, y en ello tienen mucho que ver los dolorosos, difíciles tránsitos que tuvo que enfrentar en la vida, los que llenaron cada resuello suyo de un nuevo aliento, de una resurrección que, digámoslo con palabras suyas a la muerte de su maestro Ángel Noriega Pérez: «Tú querías una cruz, pero he traído un libro;/ un Mantilla bendito por mis lágrimas tibias,/ un ancla y un sudario y una brújula ciega,/ un mar de soledad y una vena baldía»¹⁵. Cuando leemos «En torno a la muerte de Ángel Noriega Pérez, maestro», poema doloroso, sentido, franco en sus afectos, poema que nos lleva a evocar la inolvidable «Elegía a Ramón Sijé», de Miguel Hernández, queda patente cómo el intimismo lírico, sin edulcoradas palabras, es también ofrenda que el alma noble, la raigambre y naturaleza de poetas como estos pueden ofrecer en cuanto a esa otra dimensión de sus semejantes. Es admirable la intensidad elegíaca que nutre el poema de José Rosa Acosta, en la que no habla la cultura, sino la yesca inmortal del ser humano, donde la palabra, ese instrumento democrático, alcanza elevación y gracia siempre que sea un poeta que transforme la circunstancia en santuario de amor. Hagamos un alto en la poesía de Rosa Acosta para indagar un poco en otros momentos suyos, los discursos en prosa donde resuena también su lirismo, los que forman parte de esa totalidad indivisible del poeta.

Forjado en los diálogos con el horizonte marino, en la cala de los trenes de pesca, «mandinguita» en ese empuje hacia tierra para arrojar en las playas los temblorosos, plateados frutos del mar, como esponja fue absorbiendo de ese idílico ayer, muy a pesar de las imponderables carencias, los motivos de la vida del mar y del puerto donde nació, Pampatar; esos arabescos de un luminoso pasado que, alcanzada la madurez y la escogencia de un destino, los ofrecería en los muy recatados gestos que tuvo en cuanto a la asunción del oficio de poeta. La humildad que le falta a muchos de nuestros aedos le sobraba a José Rosa Acosta. La muerte de la madre que no llegó a conocer, las enfermedades que padeció, su afán por alcanzar el título de maestro, fueron forjando en su memoria un camino para el ejercicio poético, del que no haría alarde, sino que más bien lo asumía como una pasión oculta, como un oficio callado que ameritaba paciencia y la sabiduría que hay en todo silencio. En los discursos que hemos podido leer, Rosa Acosta siempre hace gala de una palabra ceñida, de un elegante uso del castellano, de igual forma que acude a la cita de un poeta de su preferencia. En «Margarita espartana y ateniense», discurso que leyera en la Casa Nueva Esparta de El Tigre, el 6 de mayo de 1972, da inicio a sus palabras con un epígrafe de Carlos Augusto León: *Margarita es una perla/ en un anillo de sed./ La madre de un marinero/ pensando él ha de ser, versos en los que afincará su sentida*

mirada de la Isla. La singular metáfora «un anillo de sed» la glosará Rosa Acosta para explicarse el éxodo y esa sed antigua de la isla; así dirá a los margariteños de la Mesa de Guanipa: «Ustedes que un día vinieron a esta llanura, no como fugitivos, ni con la resignación de un emigrante aventurero; sino atendiendo al llamado del trabajo, al grito portentoso de las entrañas telúricas, para aumentar las oleaginosas esencias con el sudor salubre del marinero y aquí fueron y son nervio y músculo del esfuerzo múltiple. Ustedes que al venirse no emigraron nunca, porque para los neoespartanos de aquí y de todas partes, hay un ocho de septiembre o un tres de mayo o un veinticuatro de diciembre, en las cuales el rumor de Dios, como una cordial trinidad de acercamiento al hombre, hincha con suave brisa el velamen para el viaje a la tierra. A la buena y hermosa tierra»¹⁶. Es esta una de las facetas del hombre-poeta que, para exaltar la reciedumbre del margariteño, destacará la frase que utilizó León Felipe para explicar la altisonante voz de los españoles: «Hablamos recio porque nos hemos desgarrado la garganta en la Historia»; Checame añadiría: «porque hemos luchado contra el viento, porque nuestras palabras deben sonar más que el crujir estridente de las jarcias. Hablamos recio porque el hombre honrado ni oscurece su firma, ni se traga las palabras entre los dientes». Esa voz tenaz la conseguimos en otros textos suyos, en los que la integridad, el indoblegable perfil del maestro son distingos de quien hizo en su momento reconocimiento a sus guías espirituales: Ángel Noriega Pérez, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Jesús Rosas Marcano, Jesús Manuel Subero, son para Rosa Acosta notables figuras por donde pasea su mirada. El otro maestro que tuvo como oráculo en su oficio de poeta fue, sin lugar a dudas, Andrés Eloy Blanco. «Presencia del poeta en luz y tierra» deja más que evidente cuánto significó en la vida y obra de Rosa Acosta el temple ético y la voz poética de Andrés Eloy Blanco. El primer verso plasma el agasajo del discípulo: «¡Oh, constructor cabal de mi universo!» y luego en las tres estancias deja visible la conmemoración a un padre: «Para cantarte, Andrés, tengo la noche/ y con mi rama de música en la sombra,/ aquí estaré. Cruzado de canciones,/ hasta que vuelvas. ¡Oh, padre luminoso!»¹⁷, y después de fundir la trayectoria del autor de *Poda* y *Giraluna* con la imagen del pueblo, cierra con dos versos definitivos: «Tu presencia en el pueblo para siempre. Con un sol prisionero entre la sangre». Advertimos aquí su toma de posición estética, el hallazgo de su plenitud en otro poeta, sin perder la identidad propia. De una lectura de la «Elegía coral a Andrés Eloy Blanco», de Miguel Otero Silva, y los sonetos «Memoria de soledad» dedicados a Andrés Eloy Blanco, de Luis Pastori, apreciamos mayor intensidad lírica en el homenaje que Rosa Acosta hace al poeta cumanés, por

la fuerza misma que desplazan sus palabras para expresar su propio retrato espiritual en estrecho abrazo con la obra de Andrés Eloy Blanco. Otra clave de sus vínculos poéticos la advertimos en el poema «La Pascua en junio», título que acompaña del siguiente paratexto: «Para mí bajo el cielo/ habrá solo tu mano,/ levantando la única margarita del mundo», firmado por las iniciales E. C. Los versos son tomados del poema «El sitio de mi sueño» del poeta colombiano Eduardo Carranza, uno de los principales promotores del grupo Piedra y Cielo junto con Jorge Rojas, Carlos Marín Darío Samper, entre otros. Este grupo de poetas irrumpió en la década del 30 con el propósito de sacar del estancamiento en el que se encontraba la poesía colombiana. Inspirados en el libro *Piedra y Cielo* (1919), del español Juan Ramón Jiménez, los piedracielistas impulsaron, dieron color y forma a la nueva poesía colombiana que alcanzaría sus mejores fulgores a partir de la década del 50 en adelante. Cabe señalar, asimismo, que Eduardo Carranza visitó a Venezuela en la década del 60. Sin duda José Rosa Acosta fue lector, si no de todos los piedracielistas, sí de Eduardo Carranza, de quien hay que decir que fue maestro de escuela de provincia. Las afinidades entre el destacado lírico colombiano y el margariteño son notables. En las navegaciones de cada poeta hay vasos comunicantes que operan como infinita fuente de creación; en la lectura de la poesía de Rosa Acosta percibimos, sin que lo confesara abiertamente, las mismas motivaciones que orientaban a los piedracielistas. Importa señalar lo poco que tiene que ver en este sentido su obra poética con la tradición lírica de los poetas neoespartanos. Pablo Neruda influyó en los piedracielistas, como influyó en buena parte de los poetas del continente, de esas raíces nutricias viene la singular poesía de Rosa Acosta, y nos atrevemos a decir que secretamente se propuso, a la manera del grupo Piedra y Cielo, innovar en la poesía de su entorno, dar un giro respecto a lo que se escribía en Nueva Esparta, sincronizar su obra con el acontecer de la poesía latinoamericana, por decir lo menos. De ese credo suyo apunta lo siguiente: «Este quehacer poético comienza mucho antes de lo que aquí se dice. Desde el año 50 hemos dado a la poesía el tratamiento de respeto y amor que ella merece.»¹⁸ Esta confesión pone en claro la honda significación que tenía la poesía para él; no para el arribismo o el protagonismo intrascendente. Su trabajo no lo concebía como un vulgar intercambio con su presente, ese que tanto desvirtúan y rebajan algunos poetas en las francachelas de las relaciones públicas. De «En torno a los días lejanos» extraemos una estrofa que expresa esa callada labor:

Día, noche.
Tercamente noche

para el amargo alumbramiento
de parirse a sí mismo.¹⁹

Este poema es revelador de una recóndita condición humana, de esas interioridades de la memoria profunda donde el mundo cotidiano del poeta, de aparente opacidad, logra visibilizar ese oculto y silencioso trabajo del ser gracias a la intensidad de su palabra. Ese «alumbramiento», ese «parirse a sí mismo», es el resultado de un largo itinerario de vida, cuyas huellas en la superficie son esos frutos del trabajo. Sören Kierkegaard, a quien no puedo dejar de citar, bien podría explicarnos mejor este poema de Rosa Acosta:

Quien no trabaja no se gana el pan, sino que permanece engañado, así como los dioses engañaron a Orfeo con una figura etérea en lugar de su amada, y lo engañaron por ser afeminado, no por ser valiente, por ser un tañedor de cítara y no un hombre. Aquí no vale nada tener a Abraham por padre, ni tener diecisiete antepasados. Quien no trabaja tiene que fijarse en lo que está escrito acerca de las doncellas de Israel, porque da a luz sólo viento; pero el que está dispuesto a trabajar da a luz a su propio padre.²⁰

Las palabras del filósofo danés las podemos articular diacrónicamente al poema de Rosa Acosta por una visión particular respecto a la filosofía y a la poesía, esa mirada afín a ambos géneros. El concepto del padre que refiere el poeta respecto a Andrés Eloy Blanco va en el sentido de su ascensión literaria, pero en cuanto a la concreción de su obra, José Rosa Acosta es, como él mismo lo advierte, padre de sí mismo.

Manuel Felipe Rugeles es otro poeta venezolano con el que muy probablemente Rosa Acosta haya tenido íntimos diálogos de lectura. En algún momento de su trayectoria Rugeles visitó a la Isla; todo hace suponer que con el plan previo de escribir sus impresiones líricas sobre los pueblos insulares. De su periplo isleño el poeta tachirenses daría a la luz *Evocación geográfica de la Isla de Margarita* (1953), plaquette de poesía con que se da inicio a las Ediciones del Ministerio de Educación en esta materia, siendo como era, además, Director de Cultura y Bellas Artes de este Ministerio. Pero es en *Aldea en la niebla* (1944) donde advertimos afinidades de espíritu con *Aldea sobre el júbilo*, si bien la forma, el estilo y los mundos particulares de ambos están fuertemente diferenciados. Con *Aldea en la niebla* Rugeles alcanza una decorosa síntesis antes de promediar el siglo XX, en la que el descriptivismo y la estampa local buscan afanosamente el alma de las cosas, la superación del «Aquí nunca pasa nada». De ninguna manera pretendemos señalar influencia alguna de Rugeles en el margariteño y, de haberla, es temática, de correspondencia con el oficio de poeta en la que se advierten

huellas, palpitaciones comunes. En *Aldea sobre el júbilo* el lirismo de Rosa Acosta va más allá de la comarca —la que sí impregna la obra de Rugeles—, abre una compuerta a su conflicto interior, así como no dejará de exhibir las bondades de su entorno, al mismo tiempo acentuará los motivos de su «viaje» y su errancia: «De par en par os abro las puertas de mi aldea./ Que es todo el ancho mundo bajo el cosmos inmenso./ Que el mercader de sombras nos tema y nos olvide./ Que no toque su mano la epidermis del fuego.»²¹ La aldea de Rugeles es la de su infancia, campechana, anclada en el corazón azul de la montaña, la de labriegos y arrieros en su sempiterna tarea; la aldea de Rosa Acosta es abierta, cosmopolita, universal.

VALORACIÓN Y UNIDAD EN LA OBRA DE JOSÉ ROSA ACOSTA

La vida de un poeta va dejando a su paso dudas, interrogantes, infundadas sospechas en cuanto al acervo y contundencia de una obra que no siempre parece tener cabida en los cánones locales o nacionales. Para el lego, ese conocimiento del poeta siempre será un misterio, porque jamás habrá respuesta para explicar el vasto sentido de un poema. La obra de José Rosa Acosta nos convoca a las más disímiles respuestas; pero si de algo estamos convencidos es que cualquier acercamiento no será más que un intento de llegar a los límites de su poesía, a los dominios de un lenguaje cuya solvencia y transparencia permanecen incólumes.

El poemario más entrelazado al júbilo de la aldea es *Playa feliz* (1971), en el que textos breves ponen en escena los flashes, estampas mínimas, del acontecer en el abierto espacio de su litoral, las faenas desde el alba hasta la caída de la noche, tamizadas por el ojo avizor del poeta.; así dice del «Ancla»: *Cómo serán tus culpas/ cuando este barco triste te condena/ a estar ahogada siempre/ y a cadena perpetua*²². En un juego de heptasílabos y pentasílabos, como facturando un haikú muy personal, «Red» es un poema de un simbolismo ejemplar, no exento de escéptica filosofía: *Los nudos de la aguja/ atan el alma./ Por los huecos se escapan/ las esperanzas*²³. ¿Cómo no imaginarse una rancharía de pescadores donde los artesanos tejen la red, el mandinga?; pero la composición de Rosa Acosta da para ese localismo de la pesca como para la más refinada interpretación subjetiva en la que se implica la condición humana del alma, la que está en comunión con el pescador que aspira a una buena captura, recompensa de su instrumento, y el mismo hombre, el poeta, que sabe que en ese liar de redes se fugan las esperanzas. La recurrencia de esta visión del desengaño es contundente en uno de sus últimos poemarios publicados, en el que esa *Playa feliz* ya no lo es tanto: «Habito

un duro pueblo solitario./ Pueblo sin agua, ni óleos de bautismo/ sobre excesiva sal pueblo sembrado./ Limitado por ángeles y cuevas./ Limitado por alas y abismos./ Prisionero por lobos sedentarios/ y una falsa esperanza en el ombligo»²⁴. De los idílicos, serenos versos de *Playa feliz*, al disidente amor de *La noche de la noche* (2001), habrá momentos también en su oficio para circunstanciales poemas elegíacos que permanecen inéditos. No es el alma del hombre de una sola pieza; en cada ser caben todas las maravillas del mundo, todas las emociones, las que producen el desencanto como las que conducen a la euforia. Tal vez en José Rosa Acosta el contrapeso mayor recaiga en la angustia y el dolor de lo ausente, en lo irreparable, como es el caso de haber vivido una infancia sin el calor de la madre. En el poema «Canto a la madre que no conocimos» está esa presencia como un oculto faro de luz: «En mi niñez despierta/ las cinturas aladas de los aires/ cercaron mi existencia/ y en un pozo de fondo inaccesible/ junto contigo se hundieron las luciérnagas./ Sombra más sombra/ y sombra sobre sombra/ fue el perfil que me diste/ Madre mía/ Sombra Asunción/ de anuncios fugitivos/ inútilmente buscados/ por mi pecho»²⁵. «Elegía de mar y llano», «Elegía para Casaba», «Canto a Diego» son algunos otros de este tono a los que no les dio cabida en su obra publicada, o, probablemente, no surgió la ocasión para ponerlos bajo el alero de un nuevo libro. El «Canto a Diego» nos remite, una vez más, a sus posibles vínculos con la poesía de Manuel Felipe Rugeles, en el caso concreto del poema «A Rufo, el pastor», de su libro *Memoria de la tierra* (1946-48). Diego (Anunciabas la mañana del campo)²⁶ y Rufo (Él había aprendido la lección de los campos)²⁷, dos campesinos del corazón de Venezuela, de esa Venezuela que no existe hoy, pero que el holograma de la poesía hace posible visualizar y revivir ese ayer.

El itinerario de la poesía de José Rosa Acosta está por escribirse. Sobre poetas de su estirpe nunca está dicha la última palabra, porque escribieron sus poemas con la caligrafía del aire de una época, y nunca es fácil penetrar sus secretos. No se equivocaba Efraín Subero cuando afirmaba que «José Rosa Acosta está condenado a ser reconocido después», lo que, sin duda, era una invitación para ir a su encuentro, a la vez que constituía un reto para las nuevas generaciones de lectores. Creemos que Rosa Acosta tenía conciencia plena de su oficio, que lo que escribía arrastraba el rumor del marullo, que la palabra suya era como la resaca, de monótono canto, ese ir y venir con infinita constancia en la orilla del mar. De sus libros póstumos, hay que destacar, sin duda, *Que responda la tarde* (2005), ya que no deja de ser otro discurso testamentario, el cierre de un ciclo, el retorno del cansado ermitaño, la clausura de un pasado, el final de un viaje de un poeta que, a todas luces,

es esencialmente elegíaco. Citamos algunas estrofas, con las que, acudiendo a su propia obra, rendimos homenaje a la lúcida memoria del poeta.

Proclámame gigante
desvalido y pequeño.

Recuerda que es terrible
tu sentencia en la tierra,
donde sólo te salva
haber escrito un canto
y enseñar la mañana
a inventar siempre vivas.

(...)

De todo se te acusa
y todo te libera.
Eres el condenado
y eres el inocente.
Eres el confundido
en todo lo que has hecho.
Tú nunca descifraste
la vida que te dieron.

NOTAS

- ¹ Francisco Lárez Granado. «Pañuelos en el mar». *Poesías completas*. Caracas: Fundación Cultural Conferry, p. 88.
- ² «En el umbral de la ausencia». *Ibid*, p. 95.
- ³ José Rosa Acosta. *Viaje* (Plaquette). Isla de Margarita: Ediciones de la Biblioteca-Museo de Pampatar, 1974.
- ⁴ José Rosa Acosta. «Imagen». *Aldea sobre el júbilo*. Caracas: Casa de la Cultura «Monseñor Navarro», 1973, p. 45.
- ⁵ «En torno a los días lejanos». *Aldea*. Pp. 53-54.
- ⁶ «Balance». *Ibid*, p. 57.
- ⁷ Asdrúbal González. *Margarita: donde nació el paisaje*. Puerto Cabello: Edición del autor, 2009, pp. 25-26.
- ⁸ Catálogo Estreno Mundial de la obra de Federico Ruiz Viaje. Caracas: Aula Magna, 1984.
- ⁹ José Rosa Acosta. «Entierro y rescate del naufrago». *La sirena y la ola*. Isla de Margarita: Fedecene, 1988, p. 21.
- ¹⁰ José Rosa Acosta. *Testamento del naufrago* (plaquette). La Asunción (Nueva Esparta): Imprenta del Estado, 1977.
- ¹¹ T. S. Eliot. *Función de la poesía y función de la crítica*. Barcelona (España): Seix Barral, 1968, p. 112.
- ¹² Efraín Subero. «Tres escalas en la vida y la obra del poeta José Rosa Acosta». José Rosa Acosta. *Antología poética*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993.
- ¹³ *Ibid*.
- ¹⁴ Oscar Rodríguez Ortiz. *Los bordes de la continuidad*. Caracas: Editorial Equinoccio, 2006, p. 108.
- ¹⁵ José Rosa Acosta. «En torno a la muerte de Ángel Noriega Pérez, el maestro». *Aldea*...p. 74.
- ¹⁶ José Rosa Acosta. Discurso en la Casa Nueva Esparta, El Tigre, 1972.
- ¹⁷ José Rosa Acosta. «Presencia del poeta en luz y tierra». *Aldea*...p. 31.
- ¹⁸ José Rosa Acosta. «De cuando éramos espinas de cardón y escama de pescado». Palabras leídas con motivo de la presentación de su *Antología poética*, editada por Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1993.
- ¹⁹ José Rosa Acosta. «En torno a los días lejanos». *Aldea*...p. 50.
- ²⁰ Sören Kierkegaard. Temor y temblor. Madrid: Editora Nacional, 1975, p. 84.
- ²¹ José Rosa Acosta. «Invitados». *Aldea*... p. 18.
- ²² José Rosa Acosta. «Ancla». *Playa feliz*, p. 11.
- ²³ José Rosa Acosta. «Red». *Ibid*, p. 17.
- ²⁴ José Rosa Acosta. «La noche de la noche». Porlamar: Diario *La hora*, 2001.
- ²⁵ José Rosa Acosta. «Canto a la madre que no conocimos» (inédito).
- ²⁶ José Rosa Acosta. «Canto a Diego» (inédito).
- ²⁷ Manuel Felipe Rugeles. «A Rufo, el pastor». *Memoria de la tierra* (1946-1948). En *Obra poética*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1978, pp. 213-214.

PLAYA FELIZ

1971

ALBA

El cielo echó su arpón al mar
y pescó un tiburón de fuego.
Mil sardinas de brumas
huyeron con el viento.

MEDIODÍA

La brisa tiene marineros traviesos
que se ponen a cantar entre las jarcias.
Ahora izaron una bandera redonda
en el tope del mástil.

CREPÚSCULO

El día se rompió el pecho con un ancla
y el corazón se le cayó en el agua.
Mi capitán viene todas las tardes
a morir en el puerto.
El corazón es la única gaviota
que no tiene un traje para ir a su entierro.

NOCHE

Para salir a ver las dos osas de oro
mi novia tiene solamente un zarcillo.
Al atardecer se lo pone en un lado
y en la madrugada se lo pone en el otro.

CONSTELACIÓN

Frente a la ventana
el sepulturero sembró una cruz de fuego
y rezó por el alma
de mi capitán muerto.

CABALLO MARINO

¿Qué buscas tú en el mar chico alazano?
¡Tumba tu jinete de sal y vete al llano!

ATARRAYA

La hijita del mandinga
no ha aprendido a nadar
y el abuelo le da
zambullidas pequeñas.

FARO

Sirena,
yo aún no puedo abandonar mi playa.
No seas coqueta,
no continúes guiñándome los ojos.

TEMPESTAD

Brincas, juegas, te ríes.
Atracan las estrellas al muelle
de tu risa.
Leo, releo tu cuerpo.
Las barcas en tu carne desnudan su velamen.
Llegan contigo al puerto
trece mil muertes locas.
Brincas, juegas, te ríes.
Falucho de exterminio.
Tiburón de la brisa.

ARCO IRIS

Salen en ronda las arcángeles indias,
las guaiquerías difuntas desde pequeñas.
Bailan al dios del agua su sebucán
y tocan sus guaruras de madreperlas.

ANCLA

Cómo serán tus culpas
cuando este barco triste te condena
a estar ahogada siempre
¡y a cadena perpetua!

CARACOL

El mar arrastra a los acantilados
el corazón de los marinos muertos.
La tarde los recoge
y hace con ellos alcancías de silencio.

OLA

Carga de encajes mal despachada.
Atraca y parte verde fragata.

GAVIOTA

Viajera subceleste,
negra tijera.
Busca agujas de plata
la costurera.

ANZUELO

Brindador de migajas,
torcido cuerpo.
Como te enderezaran
los peces huérfanos.

VELEROS

Vacaciones del cielo,
baño de playa.
Excursión de las nubes
a la ensenada.

RED

Los nudos de la aguja
atan el alma.
Por los huecos se escapan
las esperanzas.

BALNEARIO

Paradoja inaudita,
dulce milagro.
Peces negros tus ojos

me están pescando.
Mar de rubia ternura
puebla mi vaso.
Sus espumas me acechan
para el naufragio.

ESTRELLA DE MAR

Navidades de escamas
juegan los peces.
Tres caballos marinos
van al pesebre.
Alga, coral y perla
son los jinetes.

ALDEA SOBRE EL JÚBILO

1973

INVITADOS

Venga la sensitiva comarca de la rosa
donde alza el perfume su leve continente.
Venga el pájaro azul que picotea los sueños
bajo la sosegada geografía del silencio.

Venga el árbol y diga la elegía de la nube
-ingrácida viajera ardida en el lucero-
Venga la humilde hormiga perdida en el camino
que conduce a las altas catedrales del leño.

Venga el río, la montaña, el gusano, la piedra.
La derramada copa. El cántaro sediento.
La gaviota que guarda su mensaje celeste
para el dios que cabalga el potro del océano.

Venga el niño, la novia de intocada presencia.
El caballo, la fiera, la flexible serpiente.
El carnero cargado de leve mansedumbre.
Las flores que la tarde cultiva en el poniente.

Aquí os invita el hombre con su inmedible júbilo.
Con su sangre en la mano para el conjuro eterno.
Mirémonos los rostros danzando ante la hoguera.
Volvamos a la ronda del inicial encuentro.

Hagamos aquí el pacto cabal, definitivo.
Rompamos la maqueta del llanto y de la muerte.
Aventemos la angustia que puebla los rincones.
Deshagamos el nudo que estrangula los sueños.

De par en par os abro las puertas de mi aldea.
Que es todo el ancho mundo bajo el cosmos inmenso
que el mercader de sombras nos tema y nos olvide.
Que no toque su mano la epidermis del fuego.

ALDEA SOBRE EL JÚBILO

Levantamos la aldea sobre la savia viva,
-oleaje maduro de luminosos brazos-
Levantamos la aldea sobre los días azules,
que pasan como arcángeles despertando las uvas.
Y aquí está detenida entre blandas palomas
que en sus ventanas cuelgan la flauta del arrullo,
por su ojal de cerezos pasa alegre la brisa
y un portón de fragancia abre en ella el camino.
Sobre la adolescencia de la danza y del vino,
levantamos la grama de esta aldea jubilosa.
Nadie nombra la angustia desde sus campanarios.
Aquí el hombre es perenne Capitán de la Música.
Qué dulzura cantarla reverso de la muerte.
Tierna aldea del abuelo y su barca de anécdota.
Nadie diga ceniza desde sus blandas alas.
Aquí el viento se sienta entre flautas y niños.
Qué bien decirle rosa de encendido cordaje.
Niña de la salud, qué dulzura decirle.
Nadie diga que el vientre de la hora es baldío.
Aquí sólo en espigas se desata la tarde.
Sobre un rumor de brazos levantamos la aldea.
De pie frente a la fuente y su mimbre sonoro.
Aquí todo palpita: La piedra y su silencio.
Semblanza de esta aldea es la vida precisa.
Alta ventana roja para encender los besos,
cuando en los corredores de la vigilia eterna,
la noche va encendiendo su parral de luceros.
Tierra del compañero que amanece en la dicha,
detenido y constante, con su canto y su sueño.
Norte del guitarrero y su iglesia, armoniosa.
Voz del recién nacido y su mano confusa.
Pulso y vena de aliento por el pecho del tiempo
es esta aldea que ahora, bajo los días azules,
levanta una oleada de brazos fraternales.

LA PASCUA DE JUNIO

*Para mí bajo el cielo
habrá sólo tu mano,
levantando la única margarita del mundo.*
Eduardo Carranza

Yo habré perdido entonces mi alazán de tristeza.
Digo que habré cambiado los pasos de mi rumbo.
Visitante mi sangre al portón de tu sangre,
legaremos al sueño la almohada de junio.

Habré llegado entonces, como un río a la tarde,
diciendo una canción de rumores sencillos.
Quizás abra tu boca picas de cundeamores
y aniden en tu piel mil conejos ariscos.

Recuerda cómo es junio: Camarada de música.
Violoncello de azúcar. Retablillo de brumas.
Buceador en los musgos de los cielos lejanos,
junio es una gotera en un grifo de luna.

Decir junio es saberse de memoria los lirios,
que cultiva la tarde, donde crece la lluvia.
Es volver al domingo donde aquella mirada
correteó por los parques de tu amor y del mío.

Casi tener tu axila. Su choza de quebrantos.
Su terraza de besos. Su zaguán de caricias.
De un palomar alzado más allá de la noche
las palomas trajeron su figura de mimbre.

Junio es un caballero con nombre de colmena.
Viejo panal de nubes. Enjambres de luceros.
Poeta de los tiempos apesaba cocuyos,
para encender con ellos la aldea de sus sonetos.

Llegaremos entonces, a la pascua de junio.
Abrirá tu epidermis su escuela de perfumes.

Llegarás construida de temblor y de aromas,
como a un sueño de orquídeas, el duende de la lluvia.

Por el sur alelíos que circunda tu pelo,
entre aromas y cantos pasará la penumbra.
Nacerán los suspiros como gaviotas tontas.
En su anillo de fuego dialogarán los besos.
Echará a andar tu alma, su vagón de armonías.

Con la pascua de junio, te hablaré de mi sangre
y sobre los cerezos de los meses lejanos
la sonrisa del hijo correrá por el mundo.

PRESENCIA DEL POETA EN LUZ Y TIERRA

A la memoria perenne y clara de Andrés Eloy Blanco.

I

¡Oh, constructor cabal de mi universo!
No llegas. Naces. Brotas de ti mismo.
Eres tú manantial. Eres tú origen.
Y al hacerte me formas este mundo:
Morada inmensa. Para ti pequeña.
Antes de ti apenas era olvido,
cercana ausencia lo que por ti gozamos.
Tú lo eres todo en veinte mil presencias
haciéndote y muriéndote en los siglos.
Para nombrarte invento mis palabras:
Azul. Espuma. Árbol. Cementerio.
Mediodía es alta-luz de tu existencia.
Aire tu sangre de invisibles venas.
No importa que te mueras de improviso.
Tuyo es por siempre el corazón del tiempo
y yo tengo tu muerte pasajera

para lavar de llanto mi tristeza.
Sígueme haciendo este terrón que muerdo.
Este retoño azul. Este silencio.
Hazme un camino verde para el canto.
Hazme una herida roja para el sueño.
Eres el hombre tú. Eres el Verbo.
Dios de lo alto. Dios de lo profundo.
¡Oh, constructor cabal de mi universo!
Único dueño de la luz del mundo.

II

Y he legado los ojos al desvelo.
Para cantarte, Andrés, tengo la noche.
No he de callar tampoco entre la sombra
y he legado los ojos al desvelo.
Iré diciendo en el umbral del mundo
lo que ya han olvidado las palomas.
Seré el loco despierto de la aldea.
Iré a los montes. Soltaré los pájaros
y haré un alba nocturna con su vuelo.
Visitaré jardines, campanarios.
Haré una herida larga en el silencio.
Para cantarte, Andrés, tengo la noche
y con mi rama de música en la sombra,
aquí estaré. Cruzado de canciones,
hasta que vuelvas. ¡Oh, padre luminoso!

III

Tu presencia en el pueblo para siempre.
El pueblo de tu nombre detenido
con el puñal de filo milenario
que va desde su golfo a la montaña.
Conversas a la tarde y al lucero.
Juegan flores de luto con la brisa
inútiles gaviotas desgarradas.

El pueblo de tu nombre detenido
entre el mar y tu amor como una barca.
En él estás sentado dulcemente,
iluminando el sueño con tu lámpara.
El pulso de tu muerte aquí palpita
y se siente tu voz a cada instante
hasta en el despertar de las espinas.
Sinceramente, Andrés, que no sabemos
dónde comienzas tú y empieza el pueblo.
Dónde tu corazón de recia fibra.
Dónde su geografía de soledades.
Tú con él para siempre en el silencio.
Sombra en la siesta. Faro de la calle.
Rosa marina que varó en la espuma
y ya en la arena trascordó los viajes.
Tu presencia en el pueblo para siempre.
Con un sol prisionero entre la sangre.

ENIGMA

¿Cómo serán entonces los rostros de las uvas?
Aún en la cintura ondulante del fuego,
¿qué pensará del sol la margarita?
Y el templo de ceniza fugitivo en la tórtola,
¿adónde irá después que la palmera
sienta correr la brisa en los flecos de humo?
¿Adónde irá esta voz que es una choza,
situada frente al sur de las espigas?
¿A cuál gruta de lobos? ¿A cuál caverna de calaveras yermas,
irán a acurrucarse los ojos de la novia,
por donde ahora cruza la fragancia de junio?
¿Adónde irán? ¿adónde?
¿Por qué rincón de cruces abiertas en el musgo?
¿Qué habrá sido de ti, lucero de alta miel,
harina de la luna?

¿Qué será del lucero que cantaba a la tierra:
 —huidiza y flexible bagatela de mimbre—?
 ¿Adónde iréis vosotras doncellas de la música,
 jardineras del huerto de las ensoñaciones,
 habitantes desnudas de las noches del arpa?
 ¿Y esta tarde flexible, despeinada y sencilla
 que ha raptado jagüeyes para la sed del hijo,
 esta tarde que huye de la espada de estrellas
 del ángel que custodia la alcoba de la noche,
 ¿adónde irán, adónde?
 Cuando llegue la noche de cadáveres tontos,
 a morder las axilas de la tarde y la grama
 donde la vida cuida sus carneros de júbilo,
 cuando al sueño marginen la brecha de los ruidos,
 ¿por qué túnel de manos apagadas correrá la existencia?
 Si el camino no dice su protesta de espigas,
 si el hombre no levanta la espada de su canto
 y limita el pequeño corazón de la muerte.

ITINERARIO ESTÁTICO

Insistentemente te decías:
 «Mujer asentada en la tierra».
 Como una brizna de ternura sobre el mundo.
 Podíamos mirar al universo sólo por la luz terrenal
 de tu presencia.
 Eran los días de nuestro itinerario. Esquiva a mi
 lado, pasajera de aroma, temblorosa en la geografía
 que yo —habitante del aire— inventaba para ti.

A nuestro alrededor crecían montañas, mares,
 metales milenarios agazapados en sus madrigueras
 de sonidos. Vientos feroces que hacían zozobrar
 los barcos bajo las flechas luminosas de tus gritos
 de mujer terrenal.

Callados manantiales aprendían de tus manos
la transparencia del rocío.

Mientras todos seguían el rumbo que marcaban
las llanuras, las mesetas, los acantilados,
yo reconstruía en ti, el verdadero mundo.

Y miraba tu pelo hacer travesuras en la espalda
ondas, remansos, tenues encrucijadas;
como si en tu cabello, todos los ríos se hubiesen
vestido de luto.

En tu garganta se alzaban goletas
cargadas de albas masedumbres, que arribaban
presurosas a las mil orillas de tu sangre.

Y veía el istmo de tu cuerpo
tendido mansamente en un océano, donde yo
era el único marino.

Descubría en tus ojos el resumen de todos los crepúsculos,
la muerte de todos los soles que han sido sobre el mundo.
Los últimos dueños de la luz.

Sin embargo seguirás unida a la tierra para siempre.
Luminosa y precisa en tu hermosa labor de liar rosas
para pintar la piel de los amaneceres.

Yo no soy sino un testigo que vino con el viento
y el viento llega, sueña junto a la tierra,
quizás se alegra un poco y se despide.

IMAGEN

¿Qué me dices imagen?
¿Qué palabra quedó girando
en el gesto entreabierto de tus labios?
Cristo crucificado entre remos y redes,
traspasado el costado por arpones
de amor.
Patrón y marinero del Buen Viaje.
Bueno siempre, hasta en el viaje malo.
Cristo viajero, creador de tempestades.
Con tres salidas
y tres arriar de velas.
Viento y bonanza.
Ola iracunda, espuma adormecida.
Patrón de la goleta y del milagro
y todo por quedarte en esta playa,
ranchero fraternal, mayordomo celeste,
en donde Pedro multiplicado y redivivo
te dice «El Viejo», con voz humilde y con devoto acento.
Cristo en la voz con que los mares lloran
para cuajar la lágrima y la perla.
Cristo en la luz con que la tarde traza
guirnalda y carnaval a la Sirena.
Cristo en la mano en que la malla gira.
Cristo en la vela que la brisa corta.
Cristo-pastor de alígeros cardúmenes
que el tres de mayo abreven en las playas.

Ojos de Cristo para el buzo ciego,
brazos de Cristo para el remero manco.
Agua de Cristo para el nacer del niño.

¡Cristo total para el marino muerto!

EN TORNO A LOS DÍAS LEJANOS

I

Eran los días del adolescente.
Los bravos días
de la sangre medir sus llamaradas
en tubos de cristales.
De norte a sur los días horizontales,
entre la soledad y el desespero.
Duros momentos de las palabras enredadas
en húmedas banderas putrefactas.
Tiempo de dejar los caminos abandonados
bajo el filo de lunas subterráneas.
Días del aire mezquino
y del nombre cambiado por guarismos.

II

Día, noche.
Tercamente noche
para el amargo alumbramiento
de parirse a sí mismo.

III

¿Pero cuál fue el delito?
¿Cuál la pena?
Yo quiero que me digan la sentencia
para aquel prisionero sin murallas.

IV

Convoqué al corazón
para la cita final con la mortaja.
Cedí los ojos a cocuyos apagados.

Aprendí el lenguaje de los dedos
en las vetas moradas
de los barrancos.
Estrangulé el caballo de la sangre.
Guardé la piel
en el talego gris de las hormigas.

Busqué en los troncos carcomidos,
en las semillas adolescentes,
en las vísceras de los lagartos,
en el caparazón de los quelonios
y de los escarabajos:
Los aceites santificados
con que el hombre se perfuma las sienes
para despedirse de las mariposas.

V

Qué extraño es regresar
del país del suicidio.
Lavarse los azufres de las constelaciones.
Abrir desmesuradamente las narices
en la exosfera
y llegar asustando las cometas.
Pedir prestado un traje
a los espantapájaros.
Saberse torpe de pies y manos.
Aprenderse de nuevo las calles y los gestos.
Qué extraño es hallar los niños, hombres,
las chozas, edificios.
Las humildes veredas
del maíz y la rosa
convertidas en grandes avenidas
y andar tropezando
bajo las lunas violetas de los parques.
¡Qué extraño es el balance
de lo que cuesta el sueño!
Qué duro, qué duro es el regreso,

echarse atrás de nuevo;
o hacerse un ermitaño entre las gentes.
Un silencio ermitaño
que escribe largas palabras grises bajo el cielo.

BALANCE

Nos quedan solamente las colinas
donde la tuna salta a la pantorrilla
reclamando la sangre que no tuvo.
Nos quedan los lagartos,
ramazones rastreras.
Y estas quebradas ígneas
donde el viento conserva sus tizones
para quemar la piel de los veranos.
Nos queda esta rosa infernal,
esta llaga telúrica
donde el sol amamanta superbombas
lanzadas aquí por sabios inmemoriales.
Nos queda una deforme geografía de hombre,
sumergido en su espejismo de recuerdos,
en gritos calcinados,
en insomnios eternos,
aquí, en este polo de llamas crepitantes.
Nos quedan las pupilas para retratar monstruos,
las uñas para escarbar terrones,
la lengua para lamer las rocas.
Hasta que un día hierva la sangre
y llueva su mezquina ternura
sobre el amargo secular de las retamas.

INJERTO TERRENAL

Tú eres de esta aldea
donde la tierra
hizo dulce tu voz y tu mirada.
De esta pequeña aldea
como una almendra,
rodeada de azúcar
por los cuatro costados de su gracia.

Yo vengo de la mar.
Del viejo puerto,
tañedor de su guitarra amarga.
Nuestro amor es así,
una península
tendida entre la sal y la melaza.

Yo te hablo del puerto aquí en tu aldea.
De la muerte y la fuga
de la ola en la playa.
Del humo en la cubierta
con su amor familiar de sumergida casa.
De la atarraya que cuelga su cortina
donde abren los peces sus azules ventanas.
De las constelaciones que lavan sus heridas
entre mástiles rotos y sonreídos náufragos.
De los acantilados, testigos del crepúsculo,
donde mi corazón rinde su itinerario.

Yo puedo echar un ancla
a orillas de estas cañas.
Traer una gaviota que aceche las espigas.
Cantarte un polo triste de olvidos y querellas.
Puedo injertar corales
en las piedras ardidadas.

Por ti puede mi sangre romper su geografía
y hacer de nuevo el lago
que se fue de este valle.

FORTALEZA

Castillo de la paz,
San Carlos Borromeo.
El sol alza banderas
de luz en tu azotea.
La bruma te ha poblado
de soldados etéreos.
Los genios subterráneos
se asoman a tu aljibe
y comentan hazañas de terribles guerreros.
El alcastraz cansado reposa en tus murallas
simulando el fantasma de un viejo arcabucero.
Testimonio de piedra
que la playa levanta,
atalaya marina, ¡cómo te quiere el tiempo!
La brisa afina dianas de amor en tus garitas.
Guardián de la quietud,
castillo de mi pueblo.

EN TORNO A LA MUERTE DE ÁNGEL NORIEGA PÉREZ,
EL MAESTRO

a Humberto Acevedo, fraternalmente.

I

Hasta que al fin la noche te arrebató el velamen
y pobló con tu nombre las islas del silencio.
Qué hermosa estaría entonces tu palabra en la sombra.
Tu palabra que guardan mis antiguos cuadernos.
Hasta que al fin la noche te robó las estrellas.
Doncellas carcomidas poblaron tu desvelo.
Qué mezquina, qué poca la sombra de la muerte
junto al sol desatado que corría por tus venas.

II

Oh, luz traviesa y ágil sobre mi mano joven.
Oh, luz; oh mar de luz sobre mi pecho abierto.
Sé tú el nombre preciso con que hemos de llamarlo.
El bautizo de ahora cuando no lo tenemos.
Antorcha de mil siglos sembrada entre mis ojos.
Larga, encendida flecha, clavada en mi recuerdo.

III

Ángel...
Yo soy aún el niño.
Déjame que te cuente.
Una tarde, la hermana
que es también una tarde
me dijo que tú eras tan claro como el libro
por cuyo alero rondan
mariposas y sueños.
Mas hoy te deshojaron las manos de la ausencia
y entre mis viejas planas
se asoman las angustias
de escolar sin amigo y sin maestro.

¡Oh, Ángel, libro mío!,
libro de cuentos:
Este era un viejo que tenía
un jagüey...
el agua era de todos.
La sed era del viejo.

IV

Que eras tú sino el sol
y el camino y el árbol
con la fruta y la sombra
para el hambre y el sueño.

Que eras tú sino el hombre.
Sencillamente el hombre
sazonando en la noche
su ración de desvelo.
Con tu bosque de sangre
florecedo de angustia
y la mano desnuda
de maldad y misterios.
Renovándote siempre
sin dejar el camino.
Frente a un mismo horizonte.
Vertical y sereno.
Hoy vengo al arcoíris
donde vive tu muerte,
a estrecharte la mano
de soldado risueño.
Resucito la voz
inicial de mi vida
para llamarte:
Padre. Compañero. Maestro.

V

Tú querías una cruz, pero he traído un libro;
un mantilla bendito por mis lágrimas tibias,
un ancla y un sudario y una brújula ciega,
un mar de soledad y una vena baldía.
Enciende en mi costado tu luz ultraterrena
y escucha la plegaria por tu vida infinita.
Por el sol de tus ojos.
Por el pan de tu vida.
Por el potro de estrellas
en que cruzas la tarde.
Por tu nombre que ha sido
perenne melodía.
Déjame que yo rompa
mi lámpara de llanto
en la piedra en que gimes

por tu inútil partida.
Aquí estaremos solos,
tu mudez y mi pena.
Testigos de este abrazo
tu soledad, la mía.
Mas yo soy mensajero
de las voces fraternas
que vigilan tu muerte
con cirios de agonía.
Por la rosa de luto
que cultiva la esposa,
abierto el corazón
como un grifo sonámbulo.
Enterrando palabras
por entre los rincones.
Los ojos mutilados
por tristezas feroces
y el alma enloquecida
como un barco en la noche
que perdió para siempre
el ancla de tu amor.
Escucha esta plegaria
con los ojos abiertos
con los tremendos ojos
con que miran los muertos
cuando el sueño
les plena.
Escúchala y reposa, reposa compañero,
que aquí, frente a tu casa,
el mar besa el alero
y están las mariposas
oyendo tu lección.

SEÑALES DE HUMO

I

Aprendiz de mudez,
dejo aquí la laringe
en medio de las calles estridentes.
Lápida de la voz
a orilla de los bosques,
donde las fieras copulan con rugidos
que estremecen o los astros.

II

Piel de serpiente entre el salitre y las espinas
cuelgo aquí la lengua.
Flecha de las palabras.
Bajo los campanarios
que conocen las frases iniciales del hombre.

III

Pongo a curtir la garganta bajo el sol.
Destruyo el armario del pecho
y lo doy al camino,
a la brisa y la ola.

IV

Ya no me quedan
sino las manos, las resinas silvestres
y una rama seca.
Ya no me queda sino la sangre
y sus altas fogatas
y con ellas levanto mis palabras al mundo.

V

Mi voz tiene ahora
la estatura del espacio.
Mis extraños signos contorsionándose
por encima de los árboles
pueden ser vistos desde todos los ángulos
como un corazón desnudo
en una caja de cristal.

VI

Yo sé que no soy el primero
que hablo este lenguaje.
Yo sé que no soy el primer fabricante de humo
que asa sus entrañas bajo la inmensidad.
Pero el hombre no mira las piruetas azules.
El hombre es una criatura vanidosa
que anda cabizbajo y confía solamente
en las voces corrientes.
Comprendo que mis palabras
seguirán subiendo desesperadamente,
hasta estrangular las cometas y los arcoíris.

VII

Pero cuando los sabios liberten sus pequeños gigantes;
cuando los metales y las matemáticas
expandan su hongo inmensurable
y pase un tiempo sin reloj que lo mida
y sea necesario volver a decir:
«Hágase la luz»...
Y los helechos se vayan de sus minúsculas macetas
a crecer en la orilla de las aguas hirvientes.
Y el dinosaurio se escape de los museos
y salga a recoger sus huesos verdaderos.
Y la piedra recupere su virginidad.

Y cuando llegue el sexto día.
Ya yo tendré un lenguaje acorde con el tiempo.
Ya yo tendré un mensaje que presentar
al hombre redivivo.

VIAJE

1974

I

Me voy.
Llana, sencillamente me marchó con el viento.
Me voy porque la protesta del cangrejo no
pudo descifrarse.

Porque en vano las palmas se rasgaron el pecho
con la brisa.

Porque hasta la piel del paisaje ha sido
mercantilizada.

Porque cuesta moneda hasta el último matiz
de las escamas.

Me voy porque el caracol es un niño imbécil
que se tragó un bombillo de linterna,
dejó la quietud de los acantilados,
se dio baños de ácido muriático y se vino
a vivir en las vitrinas entre deformes
niñas de cachipo.

Me voy porque el brazo que lanzaba el arpón
se curva servil sobre las maletas.

Me voy porque las rockolas se tragaron el polo
con sus fauces de ballena horripilante.

Me voy porque la mano que ganaba una parte
se extiende para pedir una propina.

Me voy porque la imagen abandonó
sus vestiduras sencillas,
sus modestos haberes y maneja grandes,
exorbitantes cifras controladas
en máquinas I.B.M.

Me voy porque la gaviota ya no me pertenece.

Ni siquiera llevaré el ancla en este viaje.

Cortaré a ras de borda las amarras.

De un manotazo soberbio romperé la choza
que construyó mi amor sobre la arena
para que nuestra hospitalidad no continúe
sirviendo de cartel a los vendedores del paisaje.

Para que nuestro múltiple, profundo amor
al prójimo no sirva de cuña
radial a los traficantes.

Me voy porque la atarraya se ha prostituido
y está ahora pescando telarañas a la entrada
de los hoteles y de los aeropuertos.

Me voy con el grito prepotente de los vigías.
Con el resuello monstruoso de los buzos,
me marchó en esta leve brisa
que desteje la bruma.

II

Volveré con la tempestad.

Volveré a decir a los cangrejos
que no han alzado en vano su macana iracunda.

Convoco desde hoy al tiburón,
al pez espada,
a todas las aguamalas del océano
y a toda la genealogía de los tembladores.

Los convoco para el día del juicio final
en los acantilados.

Para el día de sacar la canoa
de los museos.

Para el día de quitar esa ridícula cinta
de nylon a los sombreros de cogollo.

Para el día de romper las hojas de almanaque,
las guías de viaje
donde se vende la imagen del hombre

que remienda la red,
a quien no le pagaron por retratarse.

Los convoco para el día de sacar
la comparsa del pent house
y traerla a las esquinas.

Para el día de abaratar el milagro.

Para el día de sacar al hombre del sótano
y de los lavaplatos
para sentarlo en el banco de mura.
Tempestad de tempestades
será nuestro regreso.

Será el día de rescatar la luz.

El día en que los ociosos
que se han apoderado del mar
sabrán lo que es una marejada.

Será su hora y punto de saber
lo que duele el silencio de los moluscos.

Pampatar, 1968.

LA SIRENA Y LA OLA

1988

LA SIRENA

La muerte frente al mar no es esa sombra inútil
que acribilla de espanto las ciudades serenas.
La muerte frente al mar es una gracia antigua
que emerge de la espuma, se adormece en la arena;
se cuelga de los ojos amaneceres claros,
se perfuma los senos con marinas esencias.
Corales milenarios le custodian la risa
y un ecuador de nácar le ciñe las caderas.

La muerte frente al mar es una niña loca
que liberta las anclas, rompe cascos y velas.
Se acuesta por las noches con marinos borrachos
y le arrulla con cantos la final borrachera.
Hoy estuvo pulsando su canción en mi barca.
Enloqueció la aguja de mi rosa viajera.
Ya es preciso que parta para este inmenso viaje
hacia un puerto de olvido con la antigua sirena.

SIGNO

Inútilmente la palmera levanta gigantes uñas verdes
para asirme en el viento.
Inútilmente los cangrejos escriben en la arena
sus ruegos incomprensibles.
Inútilmente hay una mano que juega a ser balandra
y agita su pequeña vela húmeda.
Inútilmente estas perlas saladas llueven en la cubierta.
Inútilmente el barco quiere dejar marcado el camino
para el feliz retorno.
Inútilmente la gaviota traza su media luna
hacia la orilla.
Todo es gesto baldío. Todo es inútil.
Prisionera en la proa está la cruz de hierro.

Inútilmente el viaje
porque pronto hallaremos nuevos puertos.
Con las mismas palmeras, con las mismas gaviotas,
con los mismos pañuelos.
Y el hombre siempre el mismo.
Raspando sus escamas. Besándose las uñas.
Haciendo sus inútiles preguntas en el viento.

NO EL MANSO MAR

No el manso mar
del puerto que tú amas.
No el verdiazul espejo
de tu playa.
No el caballito blanco
de la espuma
-pañuelo jugueteón
sobre tu alma-
no el botecito triste
de la orilla
cabeceando de luna y atarraya.
Nuestro mar
es el mar de ola bravía,
de recio porte
y señorial resaca.
Agresivo y voraz
como los besos
que el mar y yo
sembramos en tus ansias.

ES EL MAR EN TUS MANOS UNA VASIJA

Te gusta contemplar
la tarde de los mares
y el mar te inunda
de silencio y plata.
Barcas y madreperlas te persiguen
en un vuelo tenaz de vela y nácar.
Es el mar en tus manos una vasija
de leve peso y alta resonancia.
Hasta tus ojos de colina en fuego
su catedral de luz el mar levanta.
Enloquecidos peces te circundan
la simiente de mar de tu garganta.

VELAS

¡VELAS! Velas que vi volando
en la ensenada.
Blancas, enhiestas.
Cometas de los peces.
Velas de la orejeta
-sexo blanco y gigante-
Velas de las balandras:
escandalosas, foques, trinquetillas.
Velas de los trespuños,
armoniosas parejas de los vientos terrales.
Ya no bailan su ronda de plata
en la bahía.
Se han ido, se han perdido
en un viaje sin nombre,
como si una alta ola
las hubiese sepultado de pronto.

LOS DELFINES

Te pido que nos demos al mar eternamente.
Vivamos la infinita bondad de los delfines,
su pacto de ternura firmado con la espuma
sobre pliegos viajeros de azules llamaradas.

Seamos los humildes habitantes del agua.
Sigamos la corriente. Viajemos con la ola.
Saltemos al besarnos bajo el cielo nocturno
para que alguna vez nos miren los luceros.

Tú que estás construida de sueños marineros
y eres gruta de aromas y rumores azules,
vámonos con el mar, bien sabes que él te quiere
para sembrar tus ojos de luces milenarias.

Vayámonos amor, se acerca ya el cardumen.
Oye qué dulce canta la brisa entre sus belfos.
Mira cómo nos llaman sus aletas airosas
cual banderas cargadas de verdes pedrerías.

Te pido que nos demos al mar eternamente.
Seremos dos delfines felices y risueños,
amigos de los peces, pastores de las barcas.
Entre cantos antiguos iremos por los mares
y un día tu corazón florecerá en las algas.

LA OLA

Hay una ola. Existe. Lo sabemos.
La miramos crecer bajo el crepúsculo,
cabal, intacta, pura.
Nuestra ola.

Crece. Viene. Se aleja.
Se diría que se la traga el mar;

pero está allí;
intacta, presentida,
boca de agua sedienta.
Nuestra ola.

Irremediablemente está creciendo.
Cresta terrible.
Inalcanzable cima.
Monstruo de ojo horizontal y verde.
Bestia viajera de afilados cuernos.

La ola crece. Crece, marinero.
Un día la sangre romperá su vaso
en este muro de encrespado pecho.

SUEÑO

Bien puede el hombre dormir en la cubierta.
Nada importa el vaivén.
Ni las altas montañas de mar
estorben su silencio.

Bien puede el hombre dormir en la cubierta
que si se viene a tierra,
tampoco hallará un sitio tranquilo para el sueño
porque los fabricantes de insomnio
lo están esperando aquí, en las calles del puerto,
para cercenarle los párpados
con filosos puñales
y dejarlo despierto para siempre.

PLENITUD E IGNORANCIA

Hemos tomado el zumo de las algas.
Hemos pernoctado con erizos en las pestañas.
Hemos despertado con aguamalas en el pubis.
Hemos amamantado cangrejos.
Hemos arrastrado los belfos por ciriales
como desesperados caballos submarinos.
Hemos visto crecer en las axilas flexibles plantas verdes,
hemos sentido la cópula de caracoles
en el vientre deforme.
Hemos expandido la llama de los cardúmenes nocturnos.
Y sin embargo, mar, no conocemos
el inmenso misterio de tu nombre.
Y sin embargo, mar, somos tan sólo el hombre.
Una criatura más bajo tu sino.

NOTICIA

De cuando el mar quiso subir al cielo.
De cuando la espuma dejó de ser encaje.
De cuando el pez atravesó la nube.
De cuando la noche recogió sus estrellas.
De cuando la Sirena, desgredada en el viento,
cantaba con la boca de los toros salvajes.
De cuando la aguja se divorció del Norte.
De cuando el hombre abandonó el timón
para agarrar la imagen.
De cuando el mar amaneció dormido,
cargado de ataúdes, de aparejos, de cráneos.
De cuando supo el hombre, que era el hombre.
Sencillamente el hombre bajo el cosmos.

SOLEDAD

¿Quién sino los astros, podrá oírnos
 en esta hora grave de la noche?
 En esta hora grave de los rumbos.
 ¿Quién sino los astros que nos miran
 con sus tremendos ojos de bestias siderales?

¿Quién podrá asir la mano que extendemos
 en ávida ilusión y desespero?
 ¿Quién sino estos terribles corredores,
 bocas de lobo que labró la noche?

¿Quién podrá registrar este lamento?
 ¿Quién sino el viento y su insaciable furia
 -demoledor, incontenible golpe-?
 ¿Qué dejará el hombre bajo el cielo?
 Un ojo de agua y una estela rota.

LUZ MARINERA

Luz marinera.
 Diminuta viajera de la noche.
 Hermana fugitiva de la rosa.
 Ceremoniosamente,
 las manos del marino te bajan del crepúsculo
 y en su móvil estancia
 aleteas como una mariposa errabunda
 bajo la Cruz del Sur.
 Cuando todo se ha perdido en la sombra,
 irremediabilmente,
 el casco, el mastelero, la tricolor gaviota.
 Tú sólo quedas. Intacta. Inmaculada.
 —Gota de sol girando en la borrasca—

Luz marinera.

Corazón de la brisa.
Esa estrella donde vive la muerte
quiere encender contigo sus tizones difuntos.
La Sirena te acecha para alumbrar
el pueblo de los náufragos.
Con sus manos de bruma
asalta el mar tus trémulos cristales.
En torno tuyo
el viento ha desatado sus toros iracundos.

MAÑANA EN EL LEVANTE

La vela, la niña de los rumbos.
La esperanza y el pensamiento del hombre,
todo se ha vuelto piedra
de un muro inaccesible.

Pero tú sigues fiel al rostro del marino
porque eres el signo de la lucha.

Mañana en el levante,
impúdicas muchachas romperán en tumulto
sus nocturnas orgías.
Flechas enlutadas caerán de improviso
sobre la paz de los peces fugaces.
La brisa llegará con su cesta de humilde lavandera
y tú, pequeña luz, habrás caído
en el fondo de tus aceites salobres.
Tú habrás cerrado tus débiles persianas
para volver de nuevo en el crepúsculo;
a continuar tu viaje
hacia donde la noche sepulta las distancias.

ENTIERRO Y RESCATE DEL NÁUFRAGO

I

No hubo párpados que improvisaran mares
para este sonreído grumete del silencio.
No hubo espaldas
donde dejar caer tontamente las manos,
porque a nadie pesó la leve despedida
de este joven caído,
empujado hacia el filo de las aguas sin fondo.
Llamado, reclamado por las lenguas salobres.
No hubo flor que bailara su ronda en el alambre.
Ni mano que arañara las cuentas prisioneras.
Ni hisopo que escupiera su lluvia en los rincones.
Apenas si había un hombre que recogió sus pies,
como cuando saltamos para iniciar un viaje.
Apenas si le dieron un estrecho navío
y aquel limo morado que cubrió los cristales,
donde la luz guardaba sus rayos de horizontes,
sus picos de luceros y demacrados rostros.
Apenas si pusieron esos negros moluscos,
cruzados torpemente en la piedra del pecho
y le ataron el rostro con potentes cordeles
como si un pez furioso fuese a saltar de pronto
de las fauces dormidas.
Apenas si le dieron una herida en la piedra,
al norte del camino que trajo su cadáver,
veterano de graves, abismales países.
No hubo nombre siquiera que escribir en los folios,
ni toscas iniciales que dejar en la roca.
Apenas si dijeron «La tumba del Ahogado»
y signaron la gracia de su nueva morada,
con patas de cangrejos atadas en el viento.

II

Ahora yo desando la edad de tu llegada.
El grito en desespero mil veces repetido,
cuando en víscera y sangre construiste tu barca
para tu extraño viaje de anónimo difunto.
Yo rescato en el tiempo tu aventada epidermis
y me marchó contigo hacia un puerto cualquiera,
a preguntar un nombre que poner a tu muerte.
A conquistar la isla que encendió tu sonrisa.
Porque sé que tú eras algo más que estas vísceras,
algo más que estos surcos verdinegros, azules
con que agujas arteras te cruzaron el pecho
en un mapa violento de intrincados caminos.

III

Ala de gaviota a la deriva,
espejo suspendido,
debe haber una guirnalda de brisa
donde viva la imagen de tu último gesto.
Aleta cercenada,
debe haber una arista de mar
donde navegue el último arañazo de tu sangre.
Copa de intacta soledad,
debe haber una novia tejiendo y destejiendo
sus redes en la angustia.
Papeles de bitácoras.
Desorbitados faros.
Debe haber ojos colgados de los mástiles,
desgarrando la bruma,
cazando mariposas caídas del crepúsculo,
atisbando sumergidas estrellas.

IV

Ahora te conozco.
Te he visto tantas veces.
En tantos e iguales lugares te he encontrado,
que estaba desde siempre sin saberlo
a babor y estribor de tu viajera sangre.
Te he visto desnudando la tarde de los puertos.
Te he visto asesinando los fríos amaneceres,
al sur de los alegres y frescos cargamentos.
Te he visto simplemente, sentado en la cubierta,
navegándote el alma, aprendiéndote el rostro
en este verde muro de cambiantes espejos.
¡Levanta, Capitán! Tu nombre está en mi mano.
Limado, redivivo por las manos del viento.
Cualquier traje marino puede servirte ahora
y una gorra cualquiera puede ceñir tu frente.
¡Levanta, Capitán! La Cruz del Sur no duerme
y mientras viva el mar perdura tu regreso.

ISLA - VERDAD. ¡OH, GRACIA VERDADERA!

Sumergida ciudad. Ciudad perdida.
Perdida y rescatada para el sueño.
Ahora dejo mi voz, mi luz, mi odio
para ir a vivir en tus escombros.
Sólo me llevo un canto, canto mudo.
-Cadáver de mi canto sólo llevo-
Yo seré el habitante de tus ruinas,
ahogado para siempre de silencio.
Desnudo de mi vida y de mis gritos,
me voy todo quietud. Puro. Sereno.
Congrega tus fantasmas submarinos
para la bienvenida que ya llegó.

Encuerda una guitarra milenaria
con la sal más amarga de tu pecho
y pulsa en la quietud de tus balcones
sus bordones de siglos y misterios.
¡Qué bien será la vida de mi muerte
en tus parques de algas predilectos!
Recostaré la frente en una ola
para soñar olvidos en tu seno.
Desandaré tus calles y tus patios.
Sepultaré mis pasos en tus veredas.
Me beberé tu mar como una copa,
Isla-Verdad. ¡Oh, Gracia verdadera!
Balandra prisionera entre dos aguas
el todo de mi ser a ti se aferra.
Acógeme en tu amor, Cubagua mía.
Hártame de tu paz, madre serena.
Arrúllate este sueño sin mañana
con el canto final de mi sirena.

TESTAMENTO DEL NÁUFRAGO

1997

I

Aquí estoy
despojado de todas
las angustias.
En alta mar
quedaron las tristezas.
La flor que te traía
me la quitó una ola
y el camino azul
para buscarte, poco a poco
lo fue borrando el viento.
Sólo me queda
esta sonrisa salada
de los muertos del mar.
Recíbela, amor.
Tal vez haya en ella
piruetas de delfines
o agridulce
canto de sirena.
Aquí estoy.
Pleno de salobres recuerdos.
El flujo y el reflujo del mar
llevan y traen mi cuerpo.
Yo sueño que son
tus manos -mariposas de espumas-
buscando revivir
a tu marino muerto.

II

El viejo pantalón raído,
impregnado
de todos los aceites de la tierra.
El sombrero
tejido con fibras de los montes
y la vieja franela desteñida
donde al regreso

se adormecían tus senos,
todo se quedó en la cubierta.
Yo estaba bajo las altas velas
cantando un polo triste,
una de esas canciones melancólicas
que cantan los marinos
cuando la noche es sólo
corazón y luceros
y vino el golpe artero.
La última copla
se perdió en el pecho.

III

Las manos que dominaron
el remo.
Las que remendaban las velas.
Las que hundían
y rescataban el ancla.
Las manos
que con brusca ternura
recorrían mil países
en tu pelo.
Las manos que delineaban
las bordas amorosas de tu cuerpo.
Aquí yacen
entre algas putrefactas
como viejos cangrejos solitarios
sin que nadie
las anide en mi cuerpo.

IV

Los ojos
que llevaron tu imagen
a todos los confines.
¡Qué inmensos son
los ojos del ahogado,

donde cada pupila
es un océano!
Estas gotas
que ruedan por los párpados
no son brumas del mar,
son las últimas lágrimas
que pude derramar
por tu recuerdo.

V

¡Amor,
en los acantilados
ruge el viento!
En mis oídos inertes
van viviendo
las terribles llamadas
del silencio.
Tu palabra de amor
arrulla mi soledad perpetua.
El viaje azul
se volvió viaje eterno.

VI

Para iniciar el viaje
el tabaco rechinaba
entre los dientes
y el amor pegaba saltos
en la sangre.
Miraba hacia la orilla
para buscar tu casa.
Me orientaba con montes
y estrellas.
Al iniciar el viaje
me persignaba para
el feliz regreso.

VII

Presiento que me
acechan los peces.
Quelonios de mil años
desovan en mi pecho.
Desde lo alto,
las gaviotas agitan
su mundo blanquinegro.
Quizás viene saliendo el sol.
Era la hora
de apagar la lámpara
y encender tu recuerdo.

VIII

Me amortaja la arena
y sus cantos de amores
va dejando la brisa.
Dulces, bellos, sonoros.
La brisa,
cómo se parece
a los gratos momentos
cuando me recibías
con tu risa y tus besos.

LA NOCHE DE LA NOCHE

2001

I

La noche de la noche
es una grieta.
Fosforescente gota persistente.

II

Engendro de la arcilla
y del relámpago.
Eterna noche.
Aurora fugitiva.
Todo se ha vuelto desleída luna.
Ya todos los rincones de la tierra
congregaron su sombra amenazante.

III

La soledad da brincos prepotentes.
Concurro a mis altares desbastados.
Testigo soy de mí. Frente a la sombra
brindo mi testimonio sin palabras.

IV

Desdibuja en mis manos las caricias.
Cercena aquí los labios que besaron.
La noche de la noche salta y ruge.
Ni siquiera migajas de cocuyos
ha colocado el viento en los tejados.

V

Habito un duro pueblo solitario.
Pueblo sin agua ni óleos de bautismo.

Sobre excesiva sal, pueblo sembrado.
Limitado por ángeles y cuevas.
Limitado por alas y abismos.
Prisionero de lobos sedentarios
y una falsa esperanza en el ombligo.

VI

Ya el camino no es ida ni regreso.
Tan sólo nos sentamos a su orilla.
Lo demás es la sangre con su urgencia.
El viento pasa susurrando angustias
hacia su eterna soledad vacía.

VII

La noche de la noche
es el balance
de quemarse sonriente
en los luceros.

VIII

La noche de la noche
es rehacerse
y aparecer de nuevo
al mediodía
como un astro
extraviado entre dos luces.

IX

Rompe el péndulo
su rígido equilibrio.
Es el momento

de entregar las luces
para una nueva
gestación de auroras.

X

Hablo y me oigo
sobre dura piedra
—iracundo monólogo
del sueño—
Uñas que cortan
desollando adentro
la piel que no se mira
en el espejo.

XI

Andado y desandado.
Despojado de hilos
y recuerdos.

XII

Si el corazón se cansa
¿quién lo alienta?
¿Quién detiene
la sangre desbocada?

XIII

En esta arista
¿para qué las manos?
Arena soy
de un huracán artero
donde la roca gime y se agiganta.

XIV

Frente a este nuevo
¿para qué los ojos?
Resina soy de olvidos
vegetales
quemándose en carbones
y raíces.

XV

Vendrán después las manos
-ríos de manos-
Lluvia de ojos
velarán la estrella.
Su húmeda comarca
harán las ninfas
en corredores
de vísceras y musgos.

Y QUE RESPONDA LA TARDE

2005

Recuerda que llenaste
de arrullos y plumajes
los viejos palomares
dormidos bajo el tiempo.

Aférrate a la vida
como un timón de acero,
taládrala en la intacta
realidad de su esencia.

Recuerda que jamás
derramaste tu copa
y es larga tu memoria
como un viejo camino.

Recuerda que engañaste
con migajas los peces
y parques abismales
se poblaron de luto.
Que robaste a la nube
sus cloruros azules
en su ronda infinita
por volver al océano.

Proclámate gigante
desvalido y pequeño.

Recuerda que es terrible
tu sentencia en la tierra,
donde sólo te salva
haber escrito un canto

y enseñar la mañana
a inventar siemprevivas.

Vive como los ríos
tu sendero sonoro
que el mar no es el morir
como el tiempo establece.

Realmente los ríos
mueren su propia muerte
entre piedras que callan
sus rumores fluviales
y árboles que claudican
sobre ardidadas espumas.

Cuando se muera el mar
no habrá ríos que lo lloren
y la inmortalidad
así se irá muriendo.

En esa lejanía
de tus ojos profundos,
presagio del país
que he de habitar ahora.
Déjame que transite
sus parajes sombríos,
sus vientos de nostalgias
y mansos gavilanes.

En esa lejanía,
preludio de tu llanto,

donde el tiempo retoza
con huesos y cenizas,
escribeme tu adiós
con sonrientes geranios
y guarda mi pañuelo,
leve nube sin lágrima.

Ahora no es posible
reconstruir la casa;
pero Dios vive en ella,
su mano la bendice
y tu sombra andariega
alumbra sus pasillos.

Aunque viaje de espaldas
he de llevarla a cuestas,
como un cántaro pleno
de desvaídos sueños.

La mano y la mejilla
tras de las celosías
perpetúan en el tiempo
su viacrucis de adioses.

Que responda la tarde
por tu vieja boina,
por el trance impreciso
cuando la duermevela
no pudo descifrar
la quietud de los céfiros.

Que responda la tarde
por tu arenga a la piedra,
paloma calcinada
en ígneos horizontes,
primigenia inocencia
del inicial camino.
Esclava solitaria
de iracundos guerreros.

Que responda la tarde
por tus lamentaciones
frente a la muda roca
que tapió los luceros
y por siglos y siglos
será tu compañera.

Recuerda tu llegada
con mano vacilante
a este mundo que apura
sus esferas sonámbulas
sobre líneas precisas
que no se tocan nunca.

Sin embargo fue fácil
adivinar el día
suspendido entre trinos
y frágiles neblinas.

Después vino el asombro
al ver nacer la noche
en un puerto cruzado
de azufres y relámpagos.

Que responda la tarde
por la primera gota
que se hizo lluvia ungida
en útero y vagina,
entre cuyos cristales
vivieron llanto y risa
atados a balcones
de oscuros galopantes,
donde en lucha terrible
de gritos inoídos
se liberó el oxígeno
para hacerse presencia,
según la teoría
inicial de la sangre.

Es la tarde testigo
vertical y precisa.
Guardiana de la luz
que le ha confiado el día.
Autora del silencio
que cercena tus voces.
Sus vientos congregados
inmolan las antorchas.
El sueño te persigue
como un perro sediento
e irremediabilmente
te vence y te somete.

No es la muerte culpable
de la muerte del mundo.
La chispa que lo mata
la cargas tú en la mano.
Tu palabra la aúpa
con discursos de miedos;
mientras el hombre mira
sucumbir las ciudades.

Hace poco la muerte
era una niña ingrávida
que habitaba la aldea
de los presentimientos.
Enviaba sus mensajes
con mariposas tontas.
Viajaba suspendida
en alegres carretas
y hacía su itinerario
de una luz a una sombra.

Tú la has prostituido
con cálculos perversos
y haces temblar el mundo
con tu aliento de pólvora.

Has engendrado ahora
la soledad del hombre.
La hiriente soledad
de las palabras.
El hombre ya no quiere repetirse.
Simplesmente se traga la sonrisa
y es un haz de anillos crepitantes
que gira bajo un cielo
sin destinos posibles.

Es preciso que hagas
resumen del silencio.
Que se extiendan los círculos
que circundan tu mente.
Que todas las murallas
se quiebren bajo el cielo.
Que el triángulo libere
sus tres rígidos brazos
y el péndulo pronuncie
su sentencia inclemente
en este juicio
donde eres juez y reo.

De todo se te acusa
y todo te libera.
Eres el condenado
y eres el inocente.
Eres el confundido
en todo lo que has hecho.
Tú nunca descifraste
la vida que te dieron.

Prometiste al árbol
que venías de cantar
e inventaste el hacha,
convocaste el fuego.
Enjaulaste los trinos
y a los mansos colores
que recibían el alba
los volviste cenizas
bajo ciegas estrellas.

Te erigiste soldado
dueño de la mañana.
Cada hora del día
fue una palabra tuya.
Hundiste y despreciaste
la palabra del otro.

Ahora estás vencido,
cercado de silencio.
Tal vez el corazón
no sabe de tu angustia
y es torpe tu memoria
para crear nostalgias.

Cercador de los cantos.
Carcelero de sueños.
Te oprimen y redimen

los abiertos caminos
donde olfatea la bestia
sus fantasmas nocturnos
y los soles del día
te reclaman la sangre.

Plántate ahora firme
en el juicio infinito.
No escondas las palabras.
No hay mentiras posibles.
El juez está en la cruz
con las manos atadas.
La quietud de la sala
la plena su sonrisa.
Desde su corazón
preside la justicia.

Que responda la tarde
por la voz del abuelo.
Laberinto perdido
dentro del laberinto.
La angustia de la gracia
prisionera en sus redes.
Señora la locura,
de su sabiduría.
Que responda la tarde
por su frágil sonrisa.
Ola, muro y estrella
de canto estremecido.

Girando la penumbra
se deshacen los gestos.
Flotando en la tiniebla
tropiezan tus preguntas.
Cansado rinde el día
su capa de viajero.
Que responda la tarde
con mi voz de silencio.

Buenas tardes, amor.
Buenas tardes, muchacha,
no importa que a esta hora
esté empezando el día.
La muerte siempre llega
disfrazada de tarde.

Cercano a la leyenda
que la nostalgia escribe
para anunciar la ausencia,
déjame que te mire
con ojos que no miran
que inoídas palabras
sacudan los cipreses.
Robemos a la muerte
el calor de mis manos
y guárdalo en las tuyas
como un pájaro insomne.

Quizás se oiga
algún día
la canción que cantamos
o un verso cincelado
en el muro sombrío,
donde posan los pájaros,
te diga por los siglos
que fue mía la victoria.

Lentamente abandono
este oficio de vida.
La palabra que soy
se la entrego a la tarde.

Pampatar, 2002.

RESTOS APARECIDOS

(Bajo este título incluimos
sus poemas inéditos y aquellos publicados
en páginas y revistas culturales)

EXALTACIÓN DEL MAESTRO Y POETA JESÚS ROSAS MARCANO

Porlamar en el rumbo y la ardentía
en la mañana inaugural de agosto.
El costillar de la balandra inútil
ampara los remiendos del chinchorro
y el sol zahiere y canta y se regresa
en la apretada fibra del cogollo.

Cansado azul, el pantalón viajero
monta el paisaje elemental, redondo.
Hombre fundamental en la atarraya,
el árbol navegante viene, el lobo,
parcelador de cielos y de aljibes,
de cobre recio y familiar el rostro.

Cada nostalgia germinó una arruga,
fragua lunar de sueños y despojos,
las ofrendas del mar y las distancias
se vuelcan en los brazos del chinchorro,
el huso de coral, las madreperlas,
la esencia de profundos corocoros,
diez reales del pez sierra estrangulado
sobre el cristal del hontanar remoto
y guarda en la talega clandestina
que encallece de siglos junto al hombro
todo el ron de las fondas antillanas
contrabandeado en el dolor del golfo.

Así cantaste, poeta, para hacernos un retrato
del hombre margariteño:
Hombre fundamental en la atarraya.
Pero eres tú, hombre fundamental en la palabra.
Tú que no tienes sino un riachuelo humilde
has sembrado de lecciones y de luces
a todas las orillas de la tierra.
Tú que apenas tienes dos cerros en tu herencia:
Matasiete para el canto de la gloria
y Copey para la gloria del poema.

Tú que muy poco sabes de los juegos
pusiste a pelear en dura brega
al solo ojo de Alejandro, el tuerto,
sobre el latón antiguo de la mesa,
con Calle Larga, el flaco,
en el truco cordial de la bodega.

Maestro, Poeta,
no se acaban los días, no se acaban los años;
ni los soles; ni las lunas; ni las tierras
cuando se ha hecho una obra perfecta.
Tú la has hecho, Jesús,
para por los siglos de los siglos,
mirarte y remirarte en ella
y que la miren las generaciones
para seguir su luz como una estrella.
La lección de la casa.
La lección de la calle.
Las más bellas lecciones de la escuela;
enseñando a los niños los secretos
de la menuda prensa,
con sus minicuartillas
llenas de figuritas y palabras
y una esperanza germinando en ellas.

Maestro, Poeta.
Tú eres digno de todas las ofrendas:
El Guacuco de la ola bravía
y el Guacuco cargado en la cabeza.
Juangriego con las luces de sus tardes.
El sombrero de fibra sanjuanera.
El recio paloapique del pasado
con el sueño dormido en las esteras.

Una gaita cantada en el camino
con melodiosa voz manzanillera.
La red de bruma pampataera
hilada en los telares de los siglos
con sus manos de azules y de piedras

cortina de la brisa
tendida entre el Farallón y la Ballena.

En Paraguachí los cantos te despiertan
con el trinar del pájaro del monte
bajo la danza fiel de la palmera.
Y ya al reposo, el agua adormecida
de sudor y de tierra cercadeña.

Maestro, Poeta.
Caballero destructor de pretensiones,
dueño y señor de la modestia plena.
Con el santaluciano aceitecoco
inventaste llamaradas y candelas
para ser CIRIO que alumbra a Venezuela.

Maestro, Poeta.
Que el viernes santo de procesión y rezo
que a medio paso lleva la inocencia
por estas calles de recogimiento
una por largo tiempo,
el gran mesón de la morada estela
con la escarlata alegría de tu presencia.

Que no te venzan pericas, ni pericos
y el seis de espada con el siete unido
sea la liga triunfal de tu existencia.

Enero 17, 1997

ORACIÓN PARA MUNDO

Hoy subiremos al Cristo.
Hijo del Padre y Padre.
Hijo del Padre Universal.
Padre Universal de todos los hijos de la tierra.

Hoy te esperábamos. Esa fue tu promesa algunas horas
antes de tu muerte.
Mas no viniste.
Pero aquí estás presente.
Si podemos,
apartemos las lágrimas.
Buenos días, visitante de siempre.
Porque siempre anunciaste tu presencia.
Si podemos,
apartemos las lágrimas.
Danos tus manos tibias que no han podido enfriar
la terrible frialdad de la muerte.
Aquí estás padre,
con el Padre,
hijo bello con la madre bella.
Hermano con hermanos.
Amigo, en la más plena expresión del amigo,
pueblo tú, con el pueblo,
y la angustia
de familia a familia.
La angustia
por la madre y por el hijo.
La prisa de vivir
siempre inventando urgencias
para el amor de adentro
y para el amor de afuera.
Te recuerdo en Caracas
cuando “La Ponderosa”
era galaxia de azules voces
y rojas travesuras,
y en Cumaná Paralela
y “paralelos”,
la calle “Montes”
con su gentil llamada
y la parranda en miel de San Francisco.
El anuncio vespertino
de tu muerte,
persiguiéndote, hermano,
persiguiéndote.

Y tú impasible frente al rubio dulzor
de una cerveza.
Mi corazón
hirviendo con tu sangre.
La preñez de María
enfrió las balas en la artera
pretensión de los revólveres.
Reposa aquí en las nuestras
tus manos temblorosas.
Reposa aquí tu ira
y tu sosiego.
Muchacho de la vida
la brisa aquí se abraza
con tu risa
y nadie dice muerte
en tu recuerdo.
Hermano, compañero.
Quédate aquí, sentado
para siempre.

Pampatar, 17-06-1994

EL CABALLO Y LAS ESTRELLAS

El caballo del escudo
le dijo a las siete estrellas:
—Bajo ese cielo desnudo
volad mis garcitas bellas.

Las estrellas contestaron
con clara voz de doncellas:
—Vamos a la libertad,
al mar, al llano, a la sierra.

Sobre el rojo de la sangre,
bajo el oro que flamea

puro siete veces hacemos
el azul de la bandera.

El caballo respondió
con nostalgia lastimera:
—Ay, alas para volar,
ay, libertad quien me diera
para irme con las garzas
bajo las nubes de América.

—Pero corred caballito
sobre la hierba llanera
que el retumbar de tus cascos
a la montaña estremezca,
porque así seremos ocho,
un caballo y siete estrellas,
libres entre cielo y llano
como libre es Venezuela.

Pampatar, marzo 1977

MUCHACHA DEL AFICHE

La sangre va girando entre cohetes.
Cohete y sangre eres tú.
Mujer y trueno.
Trueno que explota
en la sangre como un sueño.
Sueño de luces y giros subcelestes.
El cuerpo va encendiendo sus fogatas,
su resina furiosa en ti resuena:
Mezcla de carnaval y nochebuena.
Ojos de cascabel y paraulata.
Tengo tus ojos,
que es como tener el arcoíris.
La gota primigenia de la luz.

El roce de la piedra y de la astilla.
El asombro del hombre
y de la tierra.
Tengo tus ojos,
donde se queman
el trópico y la estrella.
Tengo tus ojos,
país y capital de la penumbra.
Anuncio de la noche
en tus pupilas.
Esta hembra gimiente
-estrella y rosa-
Esta hembra eres tú, mujer preciosa
en un amanecer de bruma y canto,
desesperada, ardiente y amorosa.

Así como en esta foto que te enseño.
Así como esta foto yo te sueño:
En una tarde de colinas dulces,
en las dulces colinas de tus senos.

Igual que este recuerdo tan divino.
Igual que este retrato te imagino,
en una noche de hogueras crepitantes
entre brasas de besos y de vinos.

Gruta de mi placer.
Gruta de ensueño.
Licor de mi alegría.
Licor de fuego.
Amo tu cuerpo en flor.
Amo tu cuerpo.
Dóname tu silencio.
Dóname tu palabra

y en una lucha
de encendidos besos,
seremos para siempre
cuerpo y alma.

Taconeas en mi alma
como pasas taconeando en la mañana.
El sol va despertando mariposas.
Mi corazón despierta su esperanza.
Mueve tu cuerpo la brisa mañanera.
Mueve mi alma
la angustia de la espera.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Hoy pudo la gaviota alzar el vuelo
en trazo blanquinegro bajo el cielo.
El chipichipe se asomó a la estrella
y la ola viajó como una ola
entre coral, espuma y madreperla.

Ya hoy la playa es playa solamente
-plata del sur, frambuesa del poniente-,
hoy se marchó hacia región lejana
la pasajera marejada humana
y yo, empleado del mar, viejo portero,
presento mi saludo marinerero.

Adiós lindas muchachas bikineras
ultra-economistas de las telas,
sacrificadas ninfas que en las playas
con sol y sal fuisteis crucificadas
en vía crucis de angustias infinitas
con cervezas, hot dog y frescolitas.

La brisa y yo quedamos pesarosos
por esos copertones olorosos.
Mas, por sagrado imperio de la ley
bien sé que os volveréis.
Será en agosto

cuando vengáis a tomar otro reposo
y vestidas de luces volverán con un encantador hilo dental.
También lo sabe el mar y el muy perverso
espera embelesado ese regreso
y entrena ya sus fauces submarinas
para otro gran festín de carne fina.

Y yo, empleado del mar, viejo portero,
gritaré entusiasmado “Aquí me quedo”.
Con ayes de guarura estremecida
os hago la elegía de esta partida
y junto con el mar de azul intenso
esperaré también vuestro regreso.

RUEGO

Costurerita de mi dulce sueño
—hecha con la dulzura del trigal-
el beso que te pido es tan pequeño
que cabe en el país de tu dedal.

Mi maestra de mi dulce sueño
—hecha con el temblor de los maizales-
el beso que te pido es tan pequeño
un par de consonantes y vocales.

Costurerita de mi dulce sueño
—rosa del aire y del rocío burbuja-
el beso que te pido es tan pequeño
que se esconde en el ojo de tu aguja.

Mi maestra de mi dulce sueño
—amor que yo no olvidaré jamás-
el beso que te pido es tan pequeño
dos sílabas de miel y nada más.

MUJER DE NOVIEMBRE

Los soles y las lunas de treinta y ocho años
maduraron las frutas morenas de tu cuerpo.
Luceros derramaron sus aceites remotos
en las altas hogueras de tus ojos inmensos.

El aire con sus dedos de ciruelos silvestres
levantan la bandera de tus labios risueños.
Con treinta y ocho años de gracia sobre el mundo,
pequeños se quedaron los lirios de tus pechos.
Sus pétalos se alzan sobre tiernos marfiles
y un néctar milenario se esparce bajo el cielo.

Hace treinta y ocho años la tierra era una sombra,
huérfana de la luz que vive en tu sonrisa,
hasta que al fin noviembre con fuegos y geranios
engendró tu presencia de ola y tierna luna.

Tu alma es cristalina, con flores transparentes
y pájaros y sueños y apacibles esencias.
Tu alma es el país cordial de la ternura
—colmena grata y plena de diáfanas abejas—
hace treinta y ocho años que se anidó en tu cuerpo,
tu alma de mil siglos -incansable viajera—
cargada vino a ti de rumores fluviales,
de corales antiguos y espigas montaÑeras;
por eso quema en ti, la brasa del verano
y eres clara y precisa como la primavera.

¡El mar cómo te quiere, mujer serena y dulce!
¡Amiga de la bruma cómo te quiere el mar!
Tu presencia en la playa detiene las gaviotas
y hay un temblor de nácar que el viento te consagra
y un canto de guaruras con un beso de sal.

Con noviembre pregonas su júbilo la vida.
La tierra se detiene como un juguete azul.
Son treinta y ocho años de gracia sobre el mundo.
Hermana de mi alma. Amiga de la luz.

LA HERRERA DEL OVEROL

Entre su cáliz de fuego
—la herrera del overol—
Cuerpo de encendida esencia
—la herrera del overol—
Loca locura de ardores
—la herrera del overol—
Delfín en mares de aurora,
—la herrera del overol—
Gladiola recién cortada,
—la herrera del overol—
Frambuesa en vaso de nubes,
—la herrera del overol—
Cielo sangrando en la tarde,
—la herrera del overol—
Herrera de mi herrería,
—la herrera del overol—
Trajo en brazos la mañana
—la herrera del overol—
Fragua encendida en mi sangre
—la herrera del overol—
Con barrotes de relámpagos
construyó reja y balcón.
Con puertas de siete llaves
encerró mi corazón.
Ahora es portera y herrera
—la herrera del overol—.

CANTO A LA MADRE QUE NO CONOCIMOS

A Carmen, la hermana madre.

Continente de amor
no transitado
y apenas entrevisto
en el relato
de las voces hermanas.
¿Cómo eras bondad?
¿Cómo eras gracia?
¿Cómo la geografía
de tu costado?
¿Cómo el cielo de miel
de tu mirada?
Estremezco los soles subterráneos,
busco el mudo clarín
de tu palabra
y las caricias muertas
en las yertas
comarcas de tus manos.
Hay un beso girando
en el silencio.
Una lluvia de espumas
solitarias
se entretiene a la orilla
de los sueños.
Una luz mortecina
palpita en los rincones.
De repente una rosa
preside la penumbra
y un enjambre de voces enlutadas
prolongan su murmullo
de oraciones.

Madre dormida
en mi niñez despierta.
Las criaturas aladas de los aires
cercaron tu existencia

y en un pozo de fondo inaccesible
junto contigo
se hundieron las luciérnagas.
Sombras más sombra
y sombra sobre sombra
fue el perfil que me diste,
madre mía.
Sombra Asunción
de anuncios fugitivos
inútilmente buscados
por mi pecho.
Ahora estoy aquí
sentado en esta piedra
que es el eco inicial
de tu silencio.
Tal vez una llovizna
remueva tus cenizas
y alguna mariposa
gestada entre tus senos
traiga la bendición
que mis labios anhelan.

CANTO A DIEGO

I
Día a día tus pasos en el camino.
Tus palabras tropezando torpemente
entre blasfemias y risas.
Tu risa y tu palabra que eran un murmullo
prolongado como sedientos cigarrones persiguiéndose.
Anunciabas la mañana del campo
con la frescura de Aguadevaca
resbalando por la copa de tu viejo sombrero.
Mariposas, abejas, singapozos,

turpiales, paraulatas y perdices
levantaban el vuelo con tus gestos.
Los pichigüeyes derramaban su sangre
entre tus dedos.
Los lagartos saludaban con verdes abanicos
tus humildes calzados campesinos.
Furiosos gavilanes acechaban
en tu roja mirada.
Para engañar tu hambre bajo los guatacares
las curichaguas enmielaban
su pulpa de soledad y lejanía.

II

Amamantabas los jardines del pueblo,
peleando a cada hora con hormigas,
culebras, alacranes.
Hermano eras de los caracueyes
que te daban su tierra generosa.
Padre de perfumes y de pétalos,
por ti la coronilla
multiplicó sus mensajes blanquirrojos.
La tierra de tu talego gris
hacía revivir los tulipanes.

En tapias y jardines
cantan gloria a tu nombre las trinitarias encendidas,
las rosas, los claveles, los jazmines
y vibran recordando tu presencia
las pequeñas plantas de las eras.

III

Tú venciste la muerte verdadera.
Venciste el panteón que te esperaba,
avara boca de tu guapo cuerpo
y el tétano cual toro de mil leguas
chupándote las células sedientas.

¡Ay, cuánto ron perdido! ¡Cuánto sueño!
¡Ay, cuántos pingasdiego dispersados
en ese palpitar del semimuerto!

IV

Las rodas y cuadernas de piraguas
viajaron en tus hombros macilentos
desde el árbol vencido por el hacha
hasta el patio del guapo carpintero.
En las llamas de múltiples cocinas
ardieron las resinas vegetales
de los leños cargados en tu cuerpo.
Fuiste así, al pié de los fogones:
Baco y Vulcano, en feliz simbiosis:
Sacerdote del ron, Padre del fuego.

V

Y la noche después, el paso lento
del aguaitacaminos vacilante
en el bache y cardón de los senderos.
Gasparico y su sombra tenebrosa
cubriéndote la espalda en el regreso.
Comoquenigua fingiendo tempestades
en los cerros de miel de la salina.
Con un filo de luna y tres luceros
el camino del rey marcando el viaje
y al filo de la luz el fiel viajero.
Así llegó la muerte sabia y fina,
así el final. El grito estremecido
que hizo llorar de angustia los luceros.
Sobre la humilde tierra del camino,
púrpura y sombra se volvió tu sueño.

VI

Mas, ¡qué importa morir! ¡Qué importa Diego!
¡Qué importa leñador! Quedan los leños.
¡Qué importa jardinero! Queda un lirio
que entre tus manos de labriego deajo,
injértalo en las rosas de tu herida,
dale el surco de tus labios entreabiertos.
Inaugura la primavera de las tumbas,
que un aroma de albahaca florecida
viaja desde tu muerte hasta mi pecho.

EL NIÑO DESPIERTO

A la memoria de Antonio León Pérez,
quien tanto vivió y supo de estas cosas.

El niño está despierto,
las hojas del periódico
aletean en su rostro
y su insomnio precoz
lo acribilla la noche
con su ruido insolente.

De portón en portón
por talleres de angustias
va este niño
sin sueño y sin sueños.

El niño está despierto.
Cinzel hiriente, el frío
lo punza, lo esculpe, lo taladra.

En el destartalado
banco de la plaza
el niño está despierto.
Ve las sombras pasar,

procesión tenebrosa de fantasmas.
Guardián de sí mismo.
Centinela de nada.
El niño está despierto.
A su lado se ha dormido la esperanza.

El niño está despierto,
lo arropa el aire
con su manto de salitre hirviente.
Tienen los charcos lunas
que iluminan su cara.
Sonámbulo inaudito
va despierto
con las manos tendidas
tocando las ventanas.

No hay canción que lo arrulle;
ni palabras de abuelas; ni de nanas
que le digan cuentos
de luminosas hadas.
El niño está despierto
sólo su corazón
lo mece como un péndulo
y sus pupilas son luceros fijos
en la terrible
y alta madrugada.

REENCUENTRO DEL AMOR

Te sueño que venías por la tierra extendida.
Rumorosos cristales te cerraban el paso
y verdes llamaradas te decían el camino.

Hubo lunas de espumas signando tu inocencia
en niveos dormitorios de plumas desprendidas.

Te poblaron los vinos antiguos de la tierra
con uvas milagrosas de centellas y mieles
para que tu dulzura fuese luz y asombro.

Llegaste a la pura soledad de mi alma,
a la oscura comarca de mi vida baldía.
Encendiste crepúsculos, mediodías, horizontes
para que el corazón nunca fuese vencido.

Te perdiste de pronto en un mundo sin límites.
Las luciérnagas tímidas repetían tu presencia
con un abecedario de palabras fugaces
y como un regio muro de incontables paredes
al borde de la sangre fue creciendo tu ausencia.

La vida es un ovillo que se extiende y se enreda.
La vida es una sombra que se apaga y se enciende.
Yo recorrí la vida -sedentario obligado-
por las duras veredas que me tejió la mente.
Desterrado por siempre del país del olvido
fui siguiendo la orilla que me trazó el recuerdo.

Se encendieron los soles.
Su rocío matinal sacudieron los pétalos.
Al pie del mediodía una mariposa
que se posó en mis manos con un mensaje inmenso.
Te proclamó muchacha de los tiempos azules.
Te proclamó sabor de níspero y cerezo.
Y te proclamó hermana bajo encendido cielo.
Cordel y luz y sombra del sueño y la palabra.

Se devolvió el ovillo. Sonaron las campanas.
-Campanario tu voz-
Ahora va tu sombra caminando a mi lado
en un grato reencuentro de señales ardidadas.

Escúchame esta voz cercana de la muerte.
Adormece este sueño que en tu sueño se duerme.
Déjame tu palabra girando en los oídos

para que sea por siempre un cadáver risueño.
Siémbreme aquí en los ojos la flor de tu sonrisa
para que mis pupilas sean primavera eterna.
Este es el canto tuyo. Rojiverde infinito
que por no terminarlo he invitado a la muerte.

ELEGÍA DE MAR Y LLANO

Se van los sueños al mar
como peñerito errante
¿Quién le enseñará el camino
cuando la luz se le acabe?

Tú cruzaste la llanura,
yo me vine por los mares.
Garza y gaviota se unieron
al compás de los cantares.

Tú dejaste, pesarosa,
una estrella entre tu río.
Yo tejí bruma y espumas
en este mar que fue mío.

En potro de airosas crines
recorriste tu camino.
Yo seguí tras de la estela
de un caballito marino.

Inmensa fue la llanura,
bravo e inmenso fue el mar.
Esteros verdes tus ojos
me dejaron regresar.

¿Qué queda en la polvareda
que en el verano se va?
¿Qué queda en las altas brumas?
Un silencio y nada más.

La ilusión desaparece
hundida en el tremedal.
La esperanza se la lleva
el remolino del mar.

Un lamento sobre el llano
es una copla llanera.
Un buscarte sobre el mar
es el polo de la espera.

Adónde se irían los cascos
que al llano sembraron huellas.
Por los vientos, por las olas,
adónde se irían las velas.

No me creíste, muchacha,
que yo volvería mañana.
Y en la espera sin espera
se nos cerró la sabana.

Pero volverán a hallarse
mis gaviotas y tus garzas.
Para yo besar tus labios y
tú cerrar mis pestañas.

Olvido. ¡Nunca el olvido!
Cuando te quiero olvidar
Apures de resonancias
desembocan en mi mar.

ELEGÍA PARA «CASABA»

Para encontrarte, hermano,
le digo al corazón: «Aquí me quedo»,
hijo del oleaje y de la espuma.
Marinero cabal de los peñeros.

Para encontrarte, Hilario,
transito mura y proa de «Contratiempo».
La airosa lancha de los gratos viajes
en la cosecha azul de los pesqueros.

Para encontrarte, hermano,
hallo en Arelis, dulce rada de amor y sentimiento,
y el cardumen cordial de los muchachos
que son los nietos tuyos y mis nietos.

Para encontrarte, Hilario,
hurgo en la soledad de tu silencio
y tu brava protesta del ¿qué hacemos?
frente al tirano que afrentó tu puerto.

Grandeza de «Casaba» y «Papelona»
en el tierno decir del balbuceo,
cuando era inmensa entre tus manos tiernas
la compra dulce del centavo y medio.

Airoso el sombrerito de tu frente
fue paraulata y trino en las ventanas
y al paso breve de salina y playa
fuiste sembrando amor entre la gente.

Un pedazo de mar muere contigo
y con cada gemido hay un marullo.
No sé, si de dolor, angustia o miedo,
sólo sé, que como digo en el comienzo:

Para encontrarte, hermano,
le digo al corazón «Aquí me quedo».

PIDO LA PAZ

¡Enterrad los cañones
y un convivir de alas y de cantos
pueble la ruta que dejó la bala!

¡Arrinconad los barcos de la armada
y que sea el mar
sólo un camino azul
de la hermandad humana!

¡Que el hombre endulce su canción de jarcias
con espumas de luz cada alborada!

Que la muerte no baje del lucero
escondida entre bombas y metralas.
¡Limpia ha de estar la estrella en la distancia!

¡Que sea la nube inmensa mariposa
con vuelo alegre y con temblor de garza!

¡Terminad con los héroes de los frentes!
¡Queremos a los héroes de las fábricas!

Paz para la gaviota y la palmera.
¡Paz para el tripulante de la barca!

¡Paz para los cuadernos y los libros
donde una ronda de muchachos canta,
tomados jubilosos de las manos
sin enfrentar los credos, ni las patrias!

¡Paz para que en Europa,
en América, en África,
en Australia y en Asia,
todos los niños transiten sin temores
el camino que va de la escuela a la casa!

¡Pido la paz!
La pide Venezuela,

en la voz de esta alegre muchachada
que vive y sueña
con hacer del mundo
una inmensa morada
sin odios, sin distingos
de colores, ni de razas.

Mi sangre ofrezco
para querer al mundo
que sea de amor la única batalla,
a donde vayan las banderas todas
en asta de justicia y esperanza
¡y moren para siempre bajo el cielo
el verde olivo y la paloma blanca!

DESPEDIDA

Yo, el muerto cuerpo presente
digo y declaro:

No necesito flores, ni
mocos. Bien están las
flores en el jardín y los
mocos en las altas
profundidades de las ternillas.

Dado, firmado y sellado en mi
cofre de hojalata que ojalá
fuera una urna de cedro con ocho
clavos punta parís.

José del Carmen Rosa Acosta
Diciembre, 24 de 2004.

GLOSA

¡Ah tiempo! Chufao tenía
una curiara y un bote,
pero sólo le quedaron
el cachimbo y el chicote.
(copla popular)

El tosco carpintero labró el casco.
Golpe y golpe de hacha sobre el suave cautaro.
Inclinado mil veces sobre el recio durote,
sobre el yaque rebelde, junto a la débil tabla.
Todo un bosque de aroma detenido en sus manos.

Con rapidez de pluma,
con aire de muchacha
—femenino en la proa,
recio y ancho en las ancas—
el tosco carpintero labró el casco.

El tejedor le puso un traje largo
que adornaba la brisa con cortinas de plata
Y el recuerdo le puso «Amelia» en el costado.

El recuerdo catire
de la bellavisteña
que en el mercado
le regaló un suspiro azul,
como su hermano grande.

«¡Ah tiempo!» «Chufao tenía una curiara y un bote».
Ay, pero vino el chubasco
—pez espada del aire—.
Pero vino el chubasco
—pirata de los vientos—
y le robó de un golpe el pequeño tesoro.

Ahora el humo vuela como gaviota inútil
y entre vuelos delgados y entre perfumes tontos,
sale a llevarle un canto de tristeza al lucero.

«Ay, pero sólo le quedaron
el cachimbo y el chicote...»

Pero le quedó también
—ah tigre, que era Chufao—
el recuerdo de las hembras
que en Pampatar y Juangriego
lo esperaron en las redes
de los mandingas dormidos.

Ay, pero vino el chubasco —pez espada del viento—
y le dejó la Virgen apretada en los labios.

ELEGÍA

Desmantelado navío,
que el chubasco en mala tarde,
encalló sobre un escollo
de amargas penalidades.

Caso de tristeza honda.
Paño negro de velamen.

Trinquete de mala noche.
Escota de mala tarde.

Sin adiós en la partida,
sin bienvenida al ataque.

Brújula ciega sin Norte
ni Osa Mayor que lo marque.

Sin venus para la leva.
Sin Orión para el viraje.

Sin Cruz del Sur que le diga
los caminos navegantes.

Sin copla para cubierta.
Sin tricolor para el aire.

Sin barril para la sed.
Sin cocina para el hambre.

Sin cucheta que te ponga
color de cama flotante.

Pedro del mar sin bonanzas
-padre de las tempestades-.

Con tu ancla de infortunios
siempre venías a fondearte
en la miseria sin fondo
que cruza por nuestras calles.

Tablas de quince mil lutos
vistió tu casco una tarde.
A un año de tu silencio,
he venido a recordarte,
cuando van por otras aguas
de cuantas sombras... ¡quién sabe!
Piratas de tu quietud,
mil gusanos navegantes.

DISCURSO INCOHERENTE PARA RETORNAR A LA BOHEMIA

Perdón, perdón, se ha terminado el humo.
¡Oh!, Dios. ¡Oh!, Cantinero,
trae hasta mí ese cáliz de espumas
y por favor, ¡oh!, Dios, no me lo apartes nunca.

Dejadme con mis huesos llorar hasta la muerte del vino.
Mi cielo está en la uva.
Hoy vuelvo con mis pasos hasta la doncellez
de las palabras tontas...
...¡Fraternidad infinita!...
Para inventar, hermanos.
Para tener mil novias por el mundo,
hacedme un Rocinante de espumas.
Quiero manos morenas que me enciendan la pipa.
Quiero senos morenos que me enciendan la sangre.
Quiero mi novia gorda de saliva viscosa
la más borracha y triste de las hembras del Bar.
Hermano, acerca a mí este cáliz.
Mujer, acerca a mí tu infinita, tu verdadera tristeza.
¡Oh!, Dios. ¡Oh!, Cantinero,
acerca a mí este cáliz
y por favor, ¡oh!, Dios, no me lo apartes nunca.

LETRAS DE CANCIONES

(Nuestro agradecimiento al músico y cantautor Emilio «Millo» Serra y a José Jesús Rosa Guevara por la facilitación y transcripción de las letras aquí incluidas. Asimismo, por el aporte y espíritu de colaboración de sus hijos Josefina Rosa Guevara, Mario Rosa Guevara y José Jesús Guevara)

EL LUTO DE LOS LIRIOS

Letra: José Rosa Acosta

Música: Jesús Ávila

Intérprete: Jesús Ávila- Conjunto «Cuerdas Espartanas».

Los lirios están de luto.
Señora, ¿quien se murió?
¿La tarde de sus pupilas
o el canario de su voz?
No me diga que se ha muerto
el carrusel de su amor,
donde quemando luceros
da giros mi corazón.

Yo quiero dar a los lirios
un pésame sin dolor,
con arrullos y esencias
con ojos de girasol,
con vuelos de colibrí,
con sangre de cundiamor,
con mieles de mariposa,
con trinos de ruiseñor.

Tenue abrazo de azahar
a los lirios diera yo.
Mas...¿cómo hacerlo, señora?
Si aunque viéndolos estoy,
un alba intensa les quema
el pétalo superior
y hay tres porteros de nácar
que custodian su balcón.

Pero alégrese, señora,
porque este luto de hoy,
con el negro de la tela
y lo blanco de la flor,
es una fiesta de gracia,
un medio luto de amor.

SAL DEL TRILLAO

Letra: José Rosa Acosta

Música: Francisco Mata

Intérpretes: Francisco Mata, Gualberto Ibarreto, Roky Viscuña.

I

Sal de daito, sal del trillao
saco completo, saco comproao
porque el mandinga ya está calao
sal de daito, sal del trillao.
Pasa el boquete con gran cuidao
que el celador siempre está armao
la carabina de medio lao
sal de daito, sal del trillao.

Coro

Prisma de luces sal del trillao
cristal de vida te has acabao
no hay carabina de medio lao
mi corazón ha recordao
como era dulce tu sol salao
sal de daito, sal del trillao.

II

Todos los días salía cargao
con la preciosa sal del trillao
y el celador siempre iba armao
la carabina de medio lao
pobre Julián, ay, va amarrao
lleva en su espalda sal del trillao
y el celador atrás armao
la carabina de medio lao.

Coro

Prisma de luces sal del trillao
cristal de vida te has acabao
no hay carabina de medio lao
mi corazón ha recordao
como era dulce tu sol salao
sal de daito, sal del trillao.

MONTALBÁN

Aldea de la dulzura. Pedacito de valle
te da el Turimiquire su inmensa majestad.
Las espigas presiden la bondad de tus aires,
río Guasduas en tu costado decora tu beldad.

Mi Montalbán querido, rincón de la neblina.
Trino y color los pájaros te ofrecen con amor.
Las palmeras custodian tu gracia vespertina.
La brisa entre las cañas arrulla el corazón.

Adoro tus riachuelos, espuma y pedrerías
donde juega la aurora barcas de soledad.
Tus montañas que guardan nubes y lejanías
en misteriosos verdes bajo la inmensidad.

Mujer montalbanera, eterna noviecita,
a la sal de mis playas yo te traje a vivir.
Tú guardas en el alma la fragancia exquisita
que Montalbán te entrega cuando florece abril.

MARIPOSA EXTRAVIADA SOBRE EL MAR

Letra: José Rosa Acosta

Música: Folklore (Malagueña)

Intérprete: Miguel Serra- Conjunto «Cuerdas Espartanas».

I

Mariposa extraviada sobre el mar,
polen de su jardín el mar te diera
si la bruma quisiera ser rocío,
si la sirena fuese jardinera.

II

De una costa a otra costa vas volando
piragüita de amor, frágil remera.
Los pájaros marinos van cantando,
la ola te saluda con su estela.

III

Con tu equipaje de esencias y perfumes
cruzas el mar, preciosa marinera
y en la otra orilla la vida se consume
por la infinita angustia de tu espera.

IV

Habitante de arroyos y quebradas,
compañera de rosas y jazmines,
hoy buscaste las grandes marejadas
para oír suspirar a los delfines.

LOS PESQUEROS

Letra: José Rosa Acosta

Música: Jesús Ávila

Intérprete: Jesús Ávila- Conjunto “Cuerdas Espartanas”.

En la madrugada voy a los pesqueros
—puntos que en la mar marcan los luceros—
sacando una casa o escondiendo un cerro
en sitio seguro fondeo mi peñero.

En la rama ‘e Burro pesco el corocoro,
el candil de fuego y el cacharro de oro
y en el Farallón la preciosa arara
con la isabelica y la negra paguara.

A matar un pargo con esta carnada
me voy a fondear en El Chasqueadero
el Guayamurí marcado en el norte
y hacia sotavento el cerro del medio.

El veloz carite consigo en Guanare,
que el anzuelo rompe y el cordel revienta.
Luna estremecida sobre los guarales
traigo de Los Frailes una palometa.

En El Charco busco la voraz anchoa,
curbina y cataco, canario y cazón,
con mi lamparita prendida en la proa
miro la agonía del pez roncador.

Rama de La Negra o de La Culebra,
pedrales del Cárpano mis comarcas son,
sus ricos placeres me dan el sustento
y en sus ondas siembro cabuya y rezón.

LA CARGADORA DE AGUA

Letra: José Rosa Acosta

Música: Jesús Ávila

Intérprete: Jesús Ávila- Conjunto «Cuerdas Espartanas».

Bajo el peso del agua, se diría
que estalla en gracia su cuerpo de palmera
y el trópico tenaz de la sequía
quema lirios de fuego en sus caderas.

Dos carneritos tiernos beben sorbos
del cristal que resbala por su pelo
y asoman por el rojo de la blusa
sus boquitas de miel y caramelo.

Dos medias lunas de canela y plata
bajo el cielo sin sol de su cintura,
hieren la brisa con furiosa danza,
mientras curva la espalda con ternura.

En su cántaro mi alma gira ansiosa
-cual colibrí sediento en raudo vuelo-,
abre las alas, detiéndose en el viento
y roba el agua que sorben los carneros.

GAVIOTA

Letra: José Rosa Acosta
Música: Francisco Mata
Intérprete: Francisco Mata

I

Sobre la playa, por los conchales,
bajo la sombra de mi atarraya
mira la luna en la madrugada
la barca triste de mis cantares.

II

Mi dulce novia, perla del alma,
—gaviota alegre se fue a los mares—
y hundió el chubasco de los pesares
la piragüita de mi esperanza.

III

Deidad de piedra que aquí en Moreno
cuidas la gracia de la ensenada,
a ti te ruego que me la traigas
sobre la espuma, cual leve barca.

IV

Los caracoles con su silencio
lloran la ausencia de su mirada,
viene a romperse sobre mi pecho,
como en las rocas la marejada.

V

Mi dulce novia, gaviota alegre,
cofre de brumas se hundió en el agua
y desde entonces lanzo mis redes
buscando en vano pescar su alma.

EL ÁNGEL DE MORENO

Letra: José Rosa Acosta

Música: Emilio Serra Rosas

Intérprete: Emilio Serra- Conjunto “Cuerdas Espartanas”.

I

Desde la Caranta
hasta el Farallón
busco la ardentía
de su corazón.
En playa Moreno
al nacer el sol
lloran los cangrejos
con hondo dolor.

Coro

¡Ay! Benita Rosa
tu ángel se fue,
se fue con la espuma
persiguiendo a un pez.

II

La vieja gaviota
que bajó del cielo

le prestó sus alas
para alzar el vuelo.
En la oscura tarde
una marejada
lo llevó hasta el fondo
de su mar amada.

III

El Guanaguanare
mira lo lejano
y dice a la nube
se perdió mi hermano.
En playa Guacuco
con la luna llena
lo vieron cantando
con una sirena.

IV

Buscando a su amigo
bajo las estrellas
gime el caracol
allá en la playuela.
Ángel de Moreno
náufrago errabundo
ruega por nosotros
en el mar profundo.

QUEDÉ SIN PATIO

Letra: José Rosa Acosta
Música: Francisco Mata
Intérprete: Francisco Mata

Debajo el yaque tenía mi chivo,
vino tu chiva y se lo llevó.
Se fue mi chivo para tu patio,
ahora me quedo sin chivo yo.

En la enramada tenía mi gallo,
tu gallinita lo enamoró.
Se fue mi gallo pa' tu enramada,
y ahora me quedo sin gallo yo.

Allá en tu patio berrea mi chivo,
canta mi gallo cocorocó.
Se han ido todos mis animales,
sin gallo y chivo me quedo yo.

Allá en el patio tenía mi perro,
vino tu perra y se lo llevó.
Se fue mi perro para tu patio,
ahora me quedo sin perro yo.

La gata tuya robó mi gato,
tu morrocoya mi morrocoy,
y si viniera tu puerca negra
este puerquito también le doy.

Quedé sin chivo, quedé sin gallo.
Sin perro, gato y sin morrocoy.
Cuando tú pases frente a mi rancho
yo pa' tu rancho también me voy.

LA CUEVA DEL BUFÓN

Letra: José Rosa Acosta

Música: Jesús Ávila

Intérprete: Francisco Mata

Si quieres vivir del mar
la más preciosa emoción
en la Cueva del Bufón
él te la puede brindar.

A oriente de Pampatar
alza la bruma su estela
como plateada bandera
que enarbola el cardonal.

Con su garganta de piedra
Bufón nos cuenta su gloria,
pirata de brava historia
que enriqueció la leyenda.

Comoquenigua a su lado,
tiende sábanas de espuma.
Juega en la cueva la luna
con un príncipe encantado.

Muchacho de la piragua
dale impulso a ese motor,
que el pirata de Bufón
puede apresarte en sus aguas.

Dulces cantos de sirena
teje en la noche Bufón,
se adormece el Farallón,
Bergantín y La Ballena.

EL MAJARETE

Desde Pampatar
viene el majarete.
Lo vende Toñero,
sabroso y caliente.

I

Al cantar el gallo
monto mi cazuela
y estoy todo el día
paleta y candela.

II

Este majarete
vendo plata en mano
para hacer mi casa
que me están tumbando.

III

Échenme la masa
en el colador,
colando y colando
que me agarre el sol.

IV

Con leche de coco
que no esté aceitoso
es que el majarete
me queda sabroso.

V

De este majarete
no le vendo a Guaro
porque este señor
lo consigue caro.

VI

Tampoco le vendo
al negro Vicente
porque este negrito
no bebe caliente.

VII

Y si llega Bache
sin nada me deja
porque ese se come
catorce bandejas.

VIII

Y si hoy no lo vendo
no lo perderé,
lo bato mañana
y lo vuelvo a vendé.

POLO MARGARITEÑO

Muy cordialmente para Marino Luna
y Miriam, con el mayor afecto.

I

Triste Marino que va a la playa,
con su proero Pichiricú
y no ha pescado con su atarraya,
ni un caballito ni un balajú.

II

Va la carnada catorce brazas,
mas no la pica ni un camarón.
Pasa la hora sin coger nada
grita Marino: ¡Leva el rezón!

III

Miriam espera frente a Casaba
los corocoros que le ofreció.
¡Qué traiga pargo! ¡Qué traiga raya!
Mirando el cielo le pide a Dios.

IV

Y mar afuera soñando en plata,
piensa Marino en Pichiricú,
“si se lo vendo a los piratas,
hasta pudiera comprarme un flux”.

CRISTO Y LOS RUMBOS

Para Rodrigo Ordaz Indriago, joven de 50 años,
que mucho sabe de estas cosas.

Norte para el seguro derrotero.
Sur de la Cruz para la ruta grave.
Este del corazón, frágil velero.
Oeste de morir frente a la tarde.

Marino de la ola y del lucero.
Lucero adormecido junto al bote.
Bote de luz constante y fiel al norte.
Norte para el seguro derrotero.

Derrotero de brisa dulce y suave,
suave de nubes bajo tenue tul,
tul que teje la noche viaje al sur.
Sur de la Cruz para la ruta grave.

Grave es el mar: profundo y grave alero.
Alero estremecido con la suerte,
suerte de bien nacer mirando al este.
Este del corazón, frágil velero.

Velero-Cristo que en tus manos arde.
Arde en la santa gracia de tenerte.
Tenerte cual un manso y rico oeste.
Oeste de morir frente a la tarde.

COMOQUENIGUA

Hasta la playa Comoquenigua,
mujer hermosa, fuimos tú y yo;
allá en las uvas y los algodones,
morena hermosa, nosotros dos.

El mar amigo que nos miraba,
mujer hermosa nos invitó.
Nos dio su espuma, nos dio sus aguas,
nos dio el silencio del caracol.

La brisa loca con tu presencia
tumbó las flores del algodón.
Cubrió tu pelo, cubrió tu rostro,
cubrió tu cuerpo-canela en flor.

Allá en la playa Comoquenigua,
mujer hermosa te di mi amor.
Fuego tu sangre, fuego tu cuerpo,
bajo los bravos fuegos del sol.

Trajo la luna cestas de plata
sobre la arena las derramó,
plateó tu frente, plateó tus hombros,
plateó el santuario de nuestro amor.

BERGANTÍN

Dedicatoria especial para
el conjunto “Bergantín”

Fondo de los corales,
Bergantín, Bergantín.
Remanso de ciriales
del oriental confín.

Al oriente de Burro,
más acá de Bufón,
cuando a tu mar concurro
sueña mi corazón.

Comarca de gaviotas
en recia algarabía,
pueblan la geografía
de tu tierra preciosa

Mientras el mar se rompe,
la frente en tus peñascos,
con ancla y luz renazco
del mar a cada golpe.

Compañero cordial
del mandinga ramero.
Media luna y lucero
sobre tu cardonal.

Bergantín, Bergantín,
hijo bello de mar.
Fondo de los corales.
Vigía de Pampatar.

¿CÓMO HALLAR EL OLVIDO?

Para Beto Valderrama, con la esperanza
de que le haga el tratamiento musical,
en lo cual es docto y eficiente.

Cómo hallar el olvido, si tu claro recuerdo
enciende las hogueras de esta inmensa pasión,
tu paso por mi sangre fue cual fugaz estrella
y sin embargo nunca te olvida el corazón.

Los lirios de tu pecho, las lunas de tu cuerpo
sembraron en mis versos sublime inspiración.
Tu nombre de colmena temblando entre mis labios
es miel silvestre y grata que endulza mi dolor.

Cómo hallar el olvido, mujer de altas pupilas,
igual que tú es eterno el mar que nos unió.
La brisa vespertina pregona tu fragancia,
y esparce por el mundo el trino de tu voz.

Tú quieres que te olvide, que borre en mi recuerdo
el luminoso encanto que me trajo tu amor.
Cómo hallar ese olvido si alumbras mi nostalgia
y matas en mi alma las formas del adiós.

AGUINALDOS

Bajo el Matasiete
el niño nació,
en un fértil valle
bendito por Dios.

El niño Jesús
de Paraguachí
bajo las palmeras
se siente feliz.

El niño nació
allá en Pampatar,
cubierto de espumas
y flores del mar.

El cielo en Juangriego
al nacer el niño
con nubes de fuego
cubrió su corpiño.

El Pilar conserva
divino tesoro
donde tiene el niño
una madre de oro.

Canta la chulinga
sobre el guatacare
anunciando al niño
que nació en Guarame.

Enciende El Manglillo
su viejo molino
y al niño Jesús
lo marca el camino.

BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

- Playa feliz*. Caracas: Ministerio de Educación, 1971.
- Aldea sobre el júbilo*. Caracas: Editorial Arte, 1973.
- Viaje* (plaquette). Isla de Margarita: Ediciones de la Biblioteca-Museo de Pampatar, 1974.
- La sirena y la ola*. Prólogo de Ángel Félix Gómez. Pampatar: Fedecene, 1988.
- Antología poética*. Prólogo de Efraín Subero. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993, 85 pp.
- Testamento del naufrago* (plaquette). Pampatar, 1997.
- La noche de la noche*. Porlamar: Diario La Hora, 2001.
- Que responda la tarde*. Prólogo Mario Rosa Guevara. Porlamar: Editorial Pontevedra, 2005, 39 pp.
- El pañuelo llovido con lluvia de otros tiempos*. Prólogo de Isael García García. Pampatar: Fondo Editorial «Dr. Efraín Subero», 2009, 32 pp.

BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA

- Efraín Subero. *Poesía margariteña*. La Asunción: Ediciones del Ejecutivo del estado Nueva Esparta, 1967, pp 199-208.
- _____. «Checame». *Memoria del puerto*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca-Museo de Pampatar, 1976, pp 79-81.
- _____. «Elogio de José Rosa Acosta». *Ibíd.* pp 113-114.
- Pedro Celestino Vásquez y Vásquez. «Aldea sobre el júbilo, de José Rosa Acosta». *Antología personal*. Caracas: Tipografía «Principios», 1982, pp. 324-325.
- Rosauro Rosa Acosta. *Diccionario margariteño*. Isla de Margarita: Fondo Editorial del estado Nueva Esparta, 1996.
- Jesús Rafael Cedeño. «Ribazón de palabras». *Claraboya (Diario del Caribe)*. Porlamar, 17 de noviembre de 2001.
- Luis Emilio Romero, «Días azules». *Claraboya (Diario del Caribe)*. Porlamar, 17 de noviembre de 2001.
- Rodrigo Ordaz Indriago. «Checame en la celebración». *Claraboya (Diario del Caribe)*. Porlamar, 17 de noviembre de 2001.
- Mirimarit Paradas. «Checame: voz que trasciende más allá de las aguas». *Tropel de luces* N° 6. Porlamar. Enero-marzo de 2005, pp 16-2.
- Rafael Ángel Rivas/ Gladys García Riera. *Quiénes escriben en Venezuela*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura, 2006.
- Jesús Valerio. «José Rosa Acosta, poeta Checame». *Norte Franco*. Juangriego, noviembre de 2004.
- Mario Rosa Guevara. «Que responda la tarde». *La Hora*, 11 de septiembre de 2005.

ÍNDICE

José Rosa Acosta: albacea de un viaje sin retorno.....	7
Playa feliz.....	23
Aldea sobre el júbilo.....	31
Viaje.....	53
La sirena y la ola.....	59
Testamento del náufrago.....	73
La noche de la noche.....	79
Que responda la tarde.....	85
Restos aparecidos.....	99
Letras de canciones.....	129

Obra poética, de José Rosa Acosta, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2016, en los talleres de Litografía Chía, C.A. En su composición se utilizaron los tipos digitales Minion Pro de 9, 10, 12 y 14 puntos. El texto fue impreso en pliegos Bond de 20 grs. La edición consta de 500 ejemplares.